





Escritores Creativos - Cuentos del Castillo 2018

Antología de cuentos del Taller

Coordinado por Mónica Marchesky

ISBN : 978-9974-8698-0-6

Colección **ESCRITORES CREATIVOS**



© MMEDICIONES

mmediciones@hotmail.com

tallerescritariosmonicamarchesky.blogspot.com.uy

1ª Edición, marzo 2019

Queda hecho el depósito que indica la ley



Antología

Cuentos del Castillo





Cynara García: *Nació en Montevideo el 14 de marzo de 1989. Periodista y Lic. en Ciencias de la Comunicación. Realizó también estudios de Comunicación Social en la Universidad Estadual Paulista "Júlio de Mesquita Filho". Interesada en el teatro y la escritura, ha profundizado en guión, dramaturgia y actuación*

Diez para las ocho

Cynara García

A bro la canilla y dejo correr el agua fría. Con los ojos aún cerrados, me echo agua en el rostro. El espejo me devuelve una imagen de mí mismo que no reconozco: pálido, ojeroso y con la barba crecida. Mis ojos están apagados. Lo noto. Me afirmo en los bordes de la pileta y reúno fuerzas para enfrentar el día.

Ella aún duerme. La observo desde la puerta de la habitación mientras afuera cae agua sin piedad. No me gusta el invierno. No entiendo a las personas que lo esperan con tanta ansiedad. La lluvia y ese frío mezquino que te cala hasta los huesos y no te permite sentir más que la respiración jadeante de quien desespera por llegar a un lugar cálido. Es triste.

Faltan diez minutos para las ocho de la mañana. Deambulo por la casa en penumbras sin hacer ruido. Me detengo en el living y no puedo evitar ver las fotos del mueble otra vez: ella y yo en la playa, ella y yo en Navidad, ella y yo durante algunos momentos felices.



Cynara García

La palabra *love* en madera, revestida de pintura blanca escolta esa fila de instantes. ¿Por qué el tiempo pasa tan rápido?

La alarma de su celular comienza a sonar en la habitación. Mi corazón se detiene y solo atino a sentarme en el sillón a esperar. Restrego mis manos frías mientras el delicado sonido del agua en el baño rompe el silencio. ¿Y si le digo todo lo que pienso? ¿Podrá comprenderme?

No tolero esta distancia... Yo la amo.

Es mentira que los hombres no sienten.

Es mentira que los hombres no sufren.

Sentimos, sufrimos, pero no lo demostramos y ahí está el error: no permitirnos ser humanos.

“Creo que es momento de que me escuches”, le digo mientras ella prepara el café en la cocina, pero el sonido de la cuchara en la taza es la única respuesta que obtengo.



El apagón

Tengo dos días de licencia, pero no me voy de la ciudad como todos. Esta vez, considero oportuno quedarme en el departamento y tomarme un tiempo para mis cosas.

Paola viaja hoy a casa de sus padres y la sola idea de estar en soledad, me resulta más que interesante; jueves, viernes, sábado y domingo. No puedo pedir nada más.

La habitación se encuentra en penumbras. Solo la luz de la portátil me hace compañía. El reloj sobre el escritorio marca las siete de la tarde y su *tic tac* reviste de sonido las desnudas paredes blancas.

La ventana me regala una postal espectacular:

Sinners bañada de estrellas y pequeños focos dispersos. Oscura, pero brillante. Una ciudad que nada tiene para envidiarle a las demás.

Levanto la cabeza y ya son las once cuarenta y seis. Creo que es momento de tomar un café. Mis ojos comienzan a cerrarse, pero me niego a que el sueño gane el duelo.



Cynara García

Debo terminar el segundo capítulo de la novela. Trabajar bajo presión no es lo mío... solo un par de líneas más.

Voy hasta la cocina a preparar un expresso. Tomo la taza pequeña roja que guardo junto a la bolsa de mi café favorito. Treinta segundos y ya está listo. Su sabor fuerte e intenso me hace entrar en calor. A lo lejos, el andar del ascensor se hace presente. Nada perturba la paz que reina esta noche.

Los *Neris* preparan el ritual. La fogata arde y las ofrendas se tiñen de un naranja tan potente como una tempestad. Las llamas, culpables de tan maravilloso espectáculo, anhelan alcanzar a los dioses. Me gusta.

El segundo capítulo continúa en marcha.

Mis dedos están entusiasmados. Parecen poseídos por una fuerza desconocida. Antes de comenzar el quinto párrafo, me sorprende un apagón. ¡Putra madre!

Con la poca luz que la noche me presta y celular en mano voy en busca de las velas. Cajones de aquí y de allá ¿Dónde están? ¿Paola las usó? Ya no hay. ¿Será posible? No me agrada esto. Voy al sillón de la sala y trato de mantener la calma. Al menos allí la ventana es más grande y entra más luz.

"Nuestros operadores están ocupados en este momento. Aguarde en línea, por favor, su llamada será atendida a la brevedad... Usted tiene el número quince".

¡Parece mentira!

Desde mi sitio, el pasillo se transforma prácticamente en una dimensión desconocida. Nada se ve, nada se percibe. Solo oscuridad. Comienzo a inquietarme. Mi corazón se acelera y palpita más rápido. Tengo miedo.

¡Vamos! ¡Que idiotez! Es solo oscuridad, la luz pronto va a volver... Ya soy grande, ¿a qué le voy a temer? ¿A los espíritus? No hay nada paranormal en esta casa, basta de pensar en esas cosas... Pero la luz no vuelve, y tampoco me muevo del sofá.



El apagón

Solo pasaron cinco minutos, pero yo los siento como siglos. ¡Por favor!

Escucho un ruido. Mi mente entra en alerta. ¿Qué es? Proviene del pasillo. ¡Dios!

El corazón se me va a reventar. Comienzo a sudar y sentir un escalofrío tan helado como nunca sentí en mi vida. Aguardo inmóvil. No permito siquiera que el sonido de mi respiración se pronuncie.

El ruido se acerca y se hace más fuerte. Yo no quiero tener nada que ver con esto, es demasiada presión. No lo resisto, quiero huir. Pero no puedo, la puerta está del otro lado del pasillo.

No tengo salida.

Esa cosa me va a atrapar, ¿qué hago? Mis ojos están clavados en la entrada del pasillo, esperando que algo se revele. Una risa infantil va creciendo en la oscuridad. Me desespero. El terror me envuelve y empiezo a sollozar como un bebé.

¡Que alguien me ayude!

Para cuando pienso en saltar del sofá y lanzarme por la ventana como plan de fuga, un poderoso grito me inhabilita:

-¡Corten! Quedó perfecto, chicos, gracias. Pasemos a la siguiente.

Mi primera grabación, ¡estoy tan feliz! Ya lo dicen: actuar para cine es increíble, no tiene comparación



Estación 44

Las mujeres, una tras otra, empezaron a desnudarse, quedando solo con la ropa interior. Esa fue la orden del hombre de voz gruesa con medallas en su uniforme, quien las observaba sin gesticular. El miedo las consumía a medida que las prendas iban cayendo al suelo.

Una blusa, tres faldas, un pantalón, medias, zapatos y algunos buzos de manga larga. No paraban de llorar. No entendían que sucedía y nadie se detuvo a explicarles nada. Los otros hombres que obedecían los pedidos del importante apuntaban a las cuatro chicas con sus fusiles como si fueran una amenaza que debía ser contenida.

-¡Bien que para andar jugando a las revolucionarias no hacen tanto drama, así que se callan la boca y se sacan la ropa sin chistar! -dijo el importante.

-¡Pero nosotras no hicimos nada, señor, se lo juro!
-exclamó la más bajita.

-¿No entendiste lo que dije, piba? ¡Cerrá la boca si no querés que te la haga cerrar a la fuerza!

¡Van a hablar cuando yo se los permita!

Había olor a muerte.

Las paredes que las apresaban eran de piedra, y con cada minuto que pasaba, la habitación parecía hacerse más estrecha. Estaba fría y oscura, solo un par de faroles de mano daban indicios de claridad. Los individuos que presenciaban ese instante tan horrendo cuchicheaban y alguno hasta se reía bajito.

El importante giró abruptamente y con una mirada correctiva consiguió poner en su lugar a los inadaptados.

Aún se escuchaban algunos sollozos cuando éste se acercó al pequeño grupo de detenidas y preguntó a la bajita:

-Decime, nena, ¿qué harías si fueras un Dios?

-¿Que?

-Ya me escuchaste, piba, ¡respondé!

-No sé, señor, no sé -contestó llorando.

-¿Sabés que haría yo? Agarraría a cada una de ustedes y las aplastaría contra el suelo como si fueran garrapatas, sí, para ver cómo les saltan los intestinos y las ahoga la sangre. No sabés la satisfacción que sentiría... Pero como no soy un Dios, tengo que traerlas hasta acá a ver si primero cantan algo. Porque esa sería la única forma de evitar que terminen como sus amiguitas guerrilleras: llenas de balas y enterradas en un agujero cualquiera.

¡Así que hasta que no hablen, no van a salir de acá!

La Estación 44 era la más espaciosa de las cincuenta que las Fuerzas de Contención del régimen había instalado en la ciudad.

Las chicas temblaban.

Las vendas que los militares del camión les habían colocado antes de bajarlas no les permitían captar ningún detalle de los rostros que se les aparecían repentinamente, ni del sitio al que llegaron.

Solo voces podían recolectar en su memoria.



Cynara García

-¡Por favor, señor! hay un malentendido, nosotras no sabemos nada, ¡se lo juro! Estábamos reunidas en la casa porque nos gusta leer y una vez por semana nos juntamos a modo de reencuentro obligado. Se lo pido por lo que más quiera, no nos haga nada -explicó la que estaba en la punta de la fila.

-¿Cómo te llamas vos?

-Matilde.

-Aja... ¿Y qué les gusta leer?

-Poemas, novelas, lo habitual. Por favor...

-Reencuentro obligado... Lo habitual es que las mujeres se comporten como tales y dejen de meterse en cosas de hombres. ¿O todavía no les queda claro cuál es su lugar? Los hijos, la casa y el marido. Eso, nada más. ¿Porque luego pasa esto, ven? No pueden hacerse cargo de la mierda que arman. Lloran y piden por favor. ¿Dónde están sus líderes ahora, esas que les llenaron la cabeza con ideas de revolución y nueva nación? ¿No ven la bosta en la que se metieron? Ahora van a pagar por su causa...

Él no dudó y mientras retrocedía, con su mano derecha hizo una señal. En ese instante, el portón de hierro de la habitación se abrió e inmediatamente se volvió a cerrar. Sus subordinados entendieron de inmediato. Prepararon sus armas y gatillaron los fusiles. El importante comenzó una cuenta silenciosa y al alzar el tercer dedo, los hombres dispararon. Gritos desgarradores fueron vomitados por las jóvenes. La pólvora se volvió humo y con ello, las esperanzas de las mujeres que, para su sorpresa, aún continuaban de pie. Los proyectiles dieron en la pared que estaba a sus espaldas, un metro por encima de sus cabezas. Los hombres reían.

-Entonces, ¿van a hablar o prefieren que la próxima vez vayan directo al entrecejo?

-Por favor, señor, ¡no sabemos nada! ¡Tengo un hijo!
-imploró la bajita.

-¿Tenés un hijo? Mirá vos, ¿y por qué no pensaste en él antes de andar de revoltosa? ¿Ahora que estás a punto de morir te acordaste que te necesita? ¡Ven caballeros!, este tipo de mujeres son las que nuestra nación no debe aceptar: desinteresadas e incomprensivas... A ver, madrecita, ¿y vos quien sos? ¿Cómo te llamas?

-Elena... -mientras las lágrimas continuaban empapando su venda negra. ¡Es un error, nosotras no tenemos nada que ver con la rebelión, nos están inculcando!

-Elena... Así que tenemos a Elenita y Matilda. ¿Y el resto?

-Carmen Pérez y Angélica Gutiérrez, señor -acotó un subordinado de bigote negro-. Ambas también fueron identificadas por nuestra colaboradora.

-Bien. ¿Cuál es cuál?

-La gorda es Carmen y la flaca es Angélica, señor.

El importante se volvió hacia ellas y las observó despectivamente. Sus cuerpos pálidos y temblorosos brillaban con la escasa luz. La noche estaba en su auge. El interrogatorio también. Mientras el cuerpo subalterno se ensuciaba las manos, él estudiaba un expediente y esperaba sentado en la silla de madera que colocaron expresamente para su uso, el surgimiento de alguna información clave. Solo latidos y quejidos brotaban de los labios de las condenadas.

Antes que saliera el sol, todo estaba hecho. Tres de los soldados transportaron los cuerpos en un Jeep hasta un lugar apartado dentro del predio. Dos de ellos comenzaron a cavar con ahínco mientras uno los alumbraba con un farol.

Los hombres tenían la orden expresa del importante de concluir el trabajo antes de las 7 a.m., pero enterrar tres cuerpos en menos de dos horas no sería tarea fácil.



Héctor

Héctor hacía tres meses que estaba desempleado. No se le estaba haciendo fácil vivir; por esa razón, el trabajo que le ofrecía este fulano en el bar de *Cachete*, era el milagro que tanto había pedido. Compartió un par de copas con él, pero nada más; siempre le pareció un tipo del montón. *Pajarito* -como todos le decían- era un tipo callado, que le gustaba jugar al truco en la mesa de la esquina, al lado de la maquinita traga monedas.

-Vos andá mañana y preguntá por Alfonso. Decile que vas de parte de *Pajarito* y ya está, él te va a explicar bien el laburo. Yo le aviso ahora que vas.

-¿A qué hora tengo que estar ahí?

-Y, ponele que un rato antes de las ocho está bien. Aquél se levanta temprano porque sale a hacer unos mandados. Si vas más tarde, ya no lo encontrás.

Héctor asintió con la cabeza y le dio su pequeña libreta negra para que le anotara la dirección. *Cachete*, que estaba sirviendo dos vasos de Vermut a unos parroquianos,



Héctor

se acercó y les prestó su lapicera azul. Observó a los dos hombres y continuó con su labor.

-Desde acá, son veinte minutos a pie. ¿Vos vivis muy lejos? -preguntó *Pajarito*.

-No, me estoy quedando en una pensión a tres cuadras por esta misma calle, así que no voy a tener problema para llegar. Pero, ¿a qué se dedica tu amigo?

-¡Ah, perfecto! Mejor entonces. Alfonso tiene un depósito. Es macanudo, muy celoso de su trabajo, eso sí, pero si colaborás, no va a ser un fastidio.

Se estrecharon las manos y Héctor le agradeció la oportunidad que le regalaba. Acabó de un sorbo su Whisky y se retiró del lugar mientras saludaba al resto de los presentes. La noche se apoderó de cada rincón del bar, haciendo que las luces tenues de las bombitas se esforzaran por iluminar lo que el espeso humo del tabaco se empeñaba en ocultar. El reloj marcó las veintitrés cero cinco.

“*Pajarito* tenía razón”, pensó en el vestuario, mientras se ajusta el cinto del uniforme que Alfonso le había dado. En la charla de la mañana, éste había sido muy amable y divertido. Le habló de su familia y de su afición en coleccionar tapitas de cerveza, hasta hizo bromas sobre su enorme nariz. Era cierto, era imposible no mirarla con extrañeza.

El lugar no era muy amigable, pero la paga prometida solucionaría definitivamente sus problemas y para Héctor, eso era más que suficiente.

Su tarea era sencilla: controlar que todo estuviera en orden y asegurarse que ningún extraño ingresara al predio. Para eso, haría rondas cada una hora, así se aseguraba que nada se le escaparía y que la pereza no lo haría quedar mal. Incluso, el mate amargo de las tres de la madrugada, se convertiría en un arma letal para ejecutar al sueño; es que hasta el amanecer quedaba un largo trecho y no quería ser sorprendido echándose una siesta, por lo menos en los primeros tiempos.



Cynara García

Las primeras cinco noches fueron tranquilas. Solo el ladrido de algún perro alteró la calma del barrio.

Mientras transitaba por el largo pasillo del depósito, Héctor escuchó un fuerte ruido en el almacén. Se exaltó. Pasó su mano por el engominado cabello y decidió ir a ver que sucedía. Con cada pisada, sus latidos se aceleraban cada vez más. No era una persona miedosa, pero estaba desarmado y eso preocuparía a cualquiera en una situación de vulnerabilidad.

-¿Quién está ahí? -preguntó frente a la puerta.

No hubo respuesta. Insistió nuevamente, pero esta vez iluminó con su linterna y comprobó que el candado estaba puesto y la ventana de vidrio, cerrada. Respiró aliviado y sintió como el alma le volvía al cuerpo.

-¡Ratas de mierda!

Mientras se volvía hacia la salida, el ruido lo atacó por sorpresa nuevamente. Esta vez, con más intensidad. Se acercó y comprobó que el candado no estaba. Se confundió. No comprendió.

-¿¿Quién está ahí?! ¡Salí porque te tiro, hijo de puta, mirá que estoy armado!

Al no obtener una contestación, tanteó el pestillo y la puerta se abrió. Alfonso le había dejado claro que al almacén podían ingresar él y su esposa. Nadie más. Allí había documentación y elementos de valor que solo ellos podían manipular.

“Tal vez se olvidaron de cerrar y justo se metió alguien” -pensó.

Héctor quería estar seguro de lo que había adentro. El depósito era su responsabilidad en la noche y no verían con buenos ojos que no hubiera hecho algo al respecto. O peor aún, no hacer nada, llamar a su patrón y que se tratara solo de un roedor.

En ambas situaciones, estaba comprometido.



Héctor

Entró con un hierro que tomó al pasar y sigilosamente acarició la pared en busca del interruptor de la luz. No encendía. Apenas parpadeaba el último tubo luz de la extensa habitación. El sudor le recorrió el borde del rostro, mientras sus manos se volvían agua. Decidió dar un vistazo para acabar finalmente con ese malestar que se le atravesó en el pecho.

Apuntó con su foco. Estantes, cajas, letras, números. Solo el armario de madera antiguo bajo la luz parpadeante se visualizaba mejor dentro de toda esa oscuridad. Un golpe seco desde el fondo del almacén.

-¡La puta madre! ¿Qué fue eso? -Hector tragó saliva y continuó-. No encontraba el origen del desastre. Todo parecía estar en su sitio, pero, a medida que se acercaba al mueble, el ambiente se ponía más denso. Un olor peligroso le inundó las fosas nasales. Sus vellos se erizaron. Su estómago se contrajo.

-¿Qué carajo...? -exclamó al pararse frente al mueble.

Lo iluminó y vio que una de sus puertas se encontraba levemente abierta, como invitándolo a curiosear.

El pulso le temblaba. Se acercó aún más y en ese instante, decidió dar un vistazo. Al abrir las puertas, una veintena de cabezas humanas en bollones de vidrio lo sorprendieron.

Hombres jóvenes, adultos, algunos con barbas, otros solo con bigotes, pero todos con la misma expresión de estupor sumidos en un extraño líquido blancuzco.

Héctor se horrorizó. Sus pupilas se dilataron, su rostro palideció y sus músculos se tensaron.

-¿Sabés? A esos también les gustaba chusmear e incumplir las normas -le gritó Alfonso desde la puerta del almacén con una sonrisa siniestra- una pena...

Héctor no gritó. La puerta se cerró.



¡Toc! ¡Toc!

Dejó todas sus cajas en la habitación y luego de cerrar la puerta con llave, el joven se desplomó sobre el colchón sin sábanas. Con una sonrisa enorme en el rostro, soltó un suspiro tan profundo como su cansancio y comenzó a imaginar todo lo que haría allí mientras el sueño le cerraba los ojos.

Le llevó tiempo conseguir un sitio que cumpliera con todos los requisitos que él consideraba necesarios para instalar su hogar. Vivir solo era un sueño que estaba a punto de cumplirse, y por esa razón, nadie le sacaría de la cabeza la idea de mudarse a un edificio como el *Magistral*: apartamento pequeño, económico y céntrico.

La fachada era antigua, al igual que todo en su interior, pero Daniel estaba fascinado; siempre le atrajo todo aquello que tuviera historia. Construido con la ilusión de convertirse en el hotel más prestigioso de la región, el edificio *Magistral* era uno de los más viejos de la ciudad.

Al contrario de lo que podría llegar a pensarse, cien



¡Toc! ¡Toc!

años no le fueron suficientes para transformarse en el deseo de los más adinerados, quienes prefirieron residir en barrios privados.

Unos golpes lo despertaron. Miró su celular y apenas era la una de la madrugada. ¿Fue en la puerta? Él no esperaba a nadie, por lo que recibir una visita le parecía extraño. Se aproximó por la mirilla y no había nadie del otro lado. Se sentó en el colchón y observó detenidamente todo el caos de su monoambiente por unos minutos. Se dirigió a la bolsa negra que estaba encima del escritorio vacío y sacó lo indispensable para aprontar su cama: almohada, sábanas y una frazada gruesa de cuadrillé.

Comenzó a tender las sábanas cuando la puerta lo llamó: cuatro toques lentos e intensos lo sorprendieron. Confundido, se dirigió a la entrada. Miró nuevamente y lo único que vio fue el extenso corredor vacío. “Alguien con ganas de molestar” -pensó. Agarró su celular y envió un mensaje de voz:

-¿Qué hacés, Luquitas? ¿En qué andás? Escuchame, ¿andás en la vuelta? Sabés que estoy con unas ganas de tomar una cervecita para inaugurar acá. ¿No te querés venir? Respondeme así te paso el número de apartamento y eso...

Enviado y recibido. Con la intención de relajar el ambiente, mientras buscaba un paquete de galletas de chocolate en su mochila, Daniel ingresó a la aplicación de música y colocó rock nacional. Con el volumen bajo, claramente, para no fastidiar a sus nuevos vecinos.

A la tercera galleta, ya tenía su cama tendida y lista para cobijarlo toda la noche. Lucas aún no contestaba. Ya había pasado casi dos horas desde su última conexión, por lo tanto, dio por descartado el encuentro.

Comenzó a desatar los cordones de sus championes cuando cuatro toques, igual de lentos e intensos que los anteriores, se impregnaron en la vieja puerta. Su corazón se detuvo.



Cynara García

-¿Quién es? -gritó.

Nadie respondió. Daniel se puso inquieto.

Le parecía una broma de mal gusto y ya no se sentía cómodo con todo eso; una manera poco amigable de darle la bienvenida. Esperó por unos segundos a que volvieran a dar algún tipo de señal, pero nada sucedió.

Sintió bronca, pero al mismo tiempo, miedo de realizar cualquier tipo de movimiento. La música continuaba sonando, pero él no la escuchaba. Su atención había quedado atrapada en la enorme puerta de roble maciza, la cual se hacía cada vez más grande con cada minuto que transcurría.

-"Bienvenido al correo de voz de..."

-¡La puta madre!

Ni Lucas, ni su madre atendían el teléfono. Parecía como si de un momento a otro, hubiera quedado solo en el mundo. "¿Quién carajo es?", se cuestionaba sin parar. La puerta una vez más. Esos golpes carcomían sus oídos y estrujaban sus entrañas. Fuertes, insistentes, cada vez más gigantes.

No lo soportó más. Empujado por el impulso, corrió hacia la puerta y la abrió. Sin aviso alguno, un aire helado lo atravesó. Como si de golpe, un congelador se hubiera abierto delante de su cuerpo. La piel se le erizó y sin pensarlo demasiado, cerró de un portazo.

Con la mano en el pestillo y tembloroso, intentó comprender lo que había ocurrido. Daniel se sintió perturbado, violentado por algo que no conseguía explicar. Intentó calmarse, ponerse en eje nuevamente. Quiso convencerse de que todo ese instante de caos se debía al estrés de la mudanza: dejar a sus padres, estar completamente solo por primera vez... Pero algo había cambiado en la habitación.

Las palabras que su abuela le repetía con frecuencia cuando era pequeño, le brotaron como volcán en erupción:



¡Toc! ¡Toc!

“nunca le abras la puerta ni invites a pasar a aquello que no puedes ver. Si lo haces, le das un permiso que por ley divina tienen negado”.

No podía moverse. Atravesar el pequeño monoambiente le exigía un esfuerzo incalculable. La única luz, la emitía la lámpara de pie blanca al otro lado del cuarto y le parecía poca, prácticamente inútil en ese contexto. Necesitaba sentirse seguro, salir de ahí.

Se armó de coraje y fue por el teléfono encima del sommier para concretar su plan de escape, pero cuando llegó al aparato, un sonido perturbador lo horrorizó. Lo supo, fue un error.

Giró lentamente su cabeza y antes de poder lanzar un grito, su voz se extinguió y su respiración se apagó.



Un encuentro con ella

Cabello negro, ojos grises, pálida y con una sonrisa extraña. Aquella muñeca era tan fea que ni juguete parecía. Era una especie de niña siniestra que, por algún hecho sobrenatural, había quedado congelada en la espera de un abrazo. Era imposible sostenerle la mirada. Todo aquel que la veía, sentía un escalofrío inexplicable en el cuerpo; su vestido blanco tampoco transmitía mucha paz, pero por algún motivo estaba en la habitación.

-¿Que hace la cosa esa ahí? -preguntó nervioso desde la puerta del cuarto.

- ¿Que cosa? -contestó algo extrañada Gabriela.

-La muñeca horrenda esa que está encima de la cama.

Gabriela comenzó a dar carcajadas sin parar. Cada vez que intentaba explicar, volvía a reír sin control. El rostro del amante tuvo mucho que ver en eso, ya que él no conseguía ni gesticular.



Un encuentro con ella

-No es una cosa, Marcelo, es una muñeca y se llama Susana.

-¡Es horrible! ¿Por qué la tenés encima de la cama? -mientras volvía de recorrer el lugar.

-No es horrible. Está deteriorada, nada más. Era de mi abuela, así que más respeto.

-Sí, entiendo, pero... ¿La podés guardar? Por lo menos hasta que me vaya, te juro que me incomoda.

-¿Me estás hablando en serio? -agregó mientras esbozaba una sonrisa incrédula.

Marcelo se sentía ridículo, lo intimidaba una muñeca vieja ¿Pero qué podía hacer? Nunca la había visto y no estaba preparado para tropezarse con algo tan tétrico la noche en la cual tendrían sexo por primera vez. Sentía que estaba siendo observado.

Eran las once y treinta de la noche. Gabriela llenaba unas copas con vino tinto en la cocina, mientras él intentaba relajarse en el sillón blanco de tres cuerpos. Se estaba demorando un poco, por lo que le preguntó si necesitaba ayuda. Ella afirmó que tenía todo bajo control, que pronto volvería al living. Siendo así, Marcelo puso su atención en el jazz instrumental que sonaba en el equipo de música.

Mientras bebían y se insinuaban, él tuvo el impulso de besarle el cuello. Sus manos querían alcanzar cada rincón de su cuerpo y ella no se lo impidió. Gabriela sólo se detuvo un instante para hacerle un gesto con la cabeza. Era el momento, la habitación los esperaba. Entre besos, mordidas y excitantes caricias se entregaron a las comodidades de la cama. Las sábanas rojas hacían una combinación perfecta con sus pieles bronceadas y el resplandor de la luna que entraba por la ventana.

-¿Así que te parezco horrenda, Marcelo?

-¿Eh?

-Ella está fingiendo, no lo estás haciendo bien.



Cynara García

Abrió los ojos de golpe y se encontró a Susana mirán-dolos fijamente sentada a un costado de la cama.

Del susto, saltó y cayó al suelo.

-¿Qué te pasa, Marcelo? -preguntó Gabriela.

-*Mañana le va a contar a sus amigas que la pasa me-jor con su aparatito vibrador que con vos* -agregó Susana.

-¡La muñeca! ¡La muñeca habla! ¿No la escuchás? ¿No la ves? -totalmente desencajado mientras trataba de desenredarse de las sábanas.

-¿Que? No sé, ¿de qué hablas? Tranquilizate, ¿vos tomás alguna medicación y no me dijiste?

Marcelo salió del cuarto dándose contra todo. Intentó abrir la puerta de entrada, pero estaba cerrada con llave. Se encerró en el baño.

-¡Abrime, Marcelo!

-¡No!

-Abrime, idiota, así no te puedo ayudar.

-*Tiene un cuchillo en la mano, Marcelo. No te va a ayudar, te va a matar* -afirmaba entre risas la muñeca.

-¿Que tenés en la mano?

-Nada.

-*Eso es mentira. -insistía la pequeña- Y si no salís, vamos a tener que entrar por vos...*

-Marcelo, si no salís, voy a tener que entrar por vos.

Su corazón estaba a punto de estallar. ¿Qué mierda estaba pasando? Sudores fríos y palpitaciones lo invadieron en un baño que de pronto parecía encogerse y distorsionarse sin explicación. Sus sentidos se agudizaron. Empezó a dar vueltas en busca de algo que pudiera servirle de ayuda, pero no hallaba nada, hasta que la tapa del inodoro le pareció una solución caída del cielo.

-*Marcelito, ¿cuándo fue la última vez que sentiste tanto miedo?* -preguntaba curiosa la muñeca.

-¡Callate, hija de puta!



Un encuentro con ella

-Marcelo, si no me abrés, voy a llamar al 911. ¡Esto se está saliendo de control!

Gabriela intentaba calmarlo, pero él no la escuchaba. Con la poca movilidad que su cuerpo le permitía utilizar, estaba intentando arrancar el accesorio de acrílico duro.

-¡No entiendo nada, pero si seguís con esta mierda Gabriela, te voy a lastimar!

-¿Con qué mierda? ¡Estás delirando, salí de ahí! ¡Me vas a romper todo!

-*Sal de ahí, chivita, chivita, sal de ahí, de ese lugar...*
-cantaba Susana mientras arañaba la puerta.

-¡Basta!

De repente se escuchó una cerradura y un fuerte portazo. Transcurrieron segundos, minutos; un silencio sepulcral se alojó en el apartamento y eso dejó en estado de alerta a Marcelo, quien no comprendía lo que podría estar sucediendo. “¿Habrá ido por ayuda?” -se preguntó.

Con la tapa color mármol en su mano izquierda y la otra en el pasador, se decidió a salir. Sigiloso y temeroso comenzó a dar pequeños pasos. El pasillo le parecía interminable... Cuando llegó a la puerta, un fuerte golpe en la cabeza lo tumbó. Gabriela lo observa complacida mientras él yacía inmóvil en el suelo. Se pasó la mano por la cabellera y se dirigió hacia Susana que estaba sentada en el sillón blanco:

-Está bien, Susana, al final fue divertido.

-*¿Viste? Yo te dije... Y no fue tan difícil, deberíamos volver a hacerlo* -se respondió Gabriela en un juego cómplice de ventriloquía con la muñeca.

La colocó en su falda, acomodó su vestido y mientras asentía con la cabeza, cantaba dulcemente:

*“Sal de ahí, chivita, chivita, sal de ahí, de ese lugar...
Sal de ahí, chivita, chivita, sal de ahí, de ese lugar...”*



Alvaro Bonanata: *Nació en Montevideo el 23 de marzo de 1962. Escritor fantástico y policial. Ingeniero en computación. Participó en la antología Escándalos en el Camino de la Aldea, 2012 Ediciones del Notariado y Banda Oriental. Co-fundador del Grupo Fantástico de Montevideo. Participa desde 2013 a la fecha en Ruido Blanco, Antología de Ciencia Ficción Uruguaya.*

Eduardo VIII

Alvaro Bonanata

Lidia tomó el grueso catálogo de Numismática de la biblioteca y lo abrazó con fuerza contra su pecho. Corrió hacia su escritorio, depositó el libro sobre la mesa, movió la silla, se sentó, prendió la portátil, alineó los bordes del libro con los de la mesa y lo abrió. Con las manos temblorosas y la respiración contenida comenzó a hojearlo. Las páginas se sucedían con vértigo. Se estaba poniendo muy nerviosa.

Encontró el capítulo relativo a los soberanos de oro. Entonces ajustó la pantalla de la portátil, volvió a encuadrar el libro, extrajo del escritorio un paño de seda rojo, lo extendió, sacó una lupa, un par de guantes blancos, se alisó la falda, se arregló el pelo y ajustó de nuevo la portátil.

Del último cajón del escritorio sacó una caja de madera laqueada, la colocó al costado del paño, la lustró con una franela, la alineó con el borde, la abrió con un llavero que extrajo de su escote, ajustó otra vez la pantalla de la portátil, corrigió la posición de la lupa y se puso los guantes.

Extrajo una bolsita de terciopelo de la caja y volcó su



contenido sobre el paño de seda. Las monedas de oro brillaban bajo la potente luz. Lidia se sintió inundada de paz.

Tomó un soberano acuñado en el 2000. Contempló bajo la lupa a San Jorge matando al dragón, la capa al viento, el detalle de la cola del caballo. Se admiró con la redondez de la moneda y con su brillo, la dio vuelta, vio el busto de Elizabeth II y la inscripción “DEI GRATIA REGINA”. Comparó la moneda con la foto que aparecía en el catálogo.

La sensación de seguridad nacía en sus dedos y se transmitía a todo el cuerpo. Allí estaban todos sus soberanos: Jorge VI, Eduardo VII, Jorge V, Victoria, ¿Eduardo VIII?

-¿Dónde está Eduardo VIII? -se preguntó angustiada.

Emitida en el año 1937 después de que Eduardo VIII abdicara para casarse con Wallis Simpson, era su moneda favorita. La sensación de pánico era insoportable.

-¿Habrán entrado ladrones? -asustada miró alrededor.

Descartó la idea. Las persianas estaban bajas, las ventanas cerradas con llave, las cortinas corridas. Ni la luz exterior podía penetrar en la casa.

-¿Cuándo fue la última vez que vi a Eduardo VIII? -se preguntó.

Miró la hora: seis y cuarto de la mañana. Recordó. Ayer lo había visto a eso de las cinco, lo había limpiado con una franela y lo había guardado en la bolsa de terciopelo.

Revisó debajo del escritorio, de la alfombra y de los muebles. No la encontró.

-¿Quién la robó? Mi sobrino vino hace tres días... ¡La empleada!

Pensó que esa era la única posibilidad. Lamentó haberse dejado convencer de contratar a una extranjera, tendría que haberla echado cuando se enteró que tenía cuatro hijos. No debería haber confiado en una persona así. Ahora estaba pagando las consecuencias. Revisó las filmaciones de seguridad, con disgusto comprobó que la emplea-



Alvaro Bonanata

da no se había acercado al escritorio.

-¿Entonces? -dudó-. Tengo que llamar a mi sobrino.

Me urge resolver este problema. No puedo vivir sin Eduardo VIII.

Revisó el exterior de la casa mediante las cámaras. La casa estaba ubicada en medio del campo, junto a una carretera secundaria, sin vecinos molestos que la vinieran a visitar y sin árboles. Lo examinó palmo a palmo. Delante del buzón, sobre la carretera, descubrió un objeto pequeño, brillante. Aumentó el zoom. Era inexplicable, sin embargo la moneda estaba ahí.

Tenía que salir a buscarla, debía superar su agorafobia.

Se aflojaron sus piernas. Empezó con taquicardia y a tener sudoración fría. Sintió vértigo, mareos y un fortísimo dolor en el vientre.

Sosteniéndose en los muebles se acercó al aparador de los medicamentos. Tomó pastillas para la ansiedad, ayudándose con un vaso de vermouth.

Se sentó a realizar ejercicios de respiración.

Abrió la puerta de entrada. Apoyándose en un bastón se dirigió lentamente buscar a Eduardo VIII...

Hacía doce horas que había salido de Mendoza. Manejó toda la noche sin detenerse. La radio y un termo de café le habían ayudado a mantenerse despierto.

El paisaje era muy aburrido: una carretera recta sin tránsito, campos vacíos, bruma, cielo gris.

Los párpados le pesaban.

Se distrajo un instante a encender un cigarrillo.

Sintió un golpe seco. Se preguntó si habría atropellado a un perro o a un ciervo. No tenía tiempo para parar. El camión tenía que llegar a Montevideo antes de las ocho de la mañana.



El palomo

Raúl Maresca es el secretario adjunto al Director, de una pequeña dirección dependiente del Ministerio de Industria, que queda en el quinto piso de un viejo edificio de apartamentos de una calle céntrica. Como todos los días, de lunes a viernes, llega puntualmente antes de las diez de la mañana, saluda al Director:

-¡Buenos días, señor Director!

-¡Buenos días Maresca!

Saluda a la secretaria del Director:

-¡Buenos días, Susana!

-¡Buenos días Raúl!

Entra a su despacho. Se quita el saco y lo cuelga en el perchero que está en el rincón izquierdo. Abre el cajón inferior derecho de su escritorio, saca dos bandejas de expedientes, la de entrada, con tres o cuatro expedientes, y la de salida, vacía, y las coloca en las posiciones previstas de su escritorio.



Alvaro Bonanata

Se sienta, estudia los asuntos que tiene para tratar y planifica el día, asignándoles prioridades a los expedientes.

-Susana, un café por favor -pide por el intercomunicador.

-Ya te lo llevo, recién lo hice.

Maresca le pone dos pastillitas de edulcorante al café que Susana le trajo, y lo revuelve en forma circular, en sentido horario, unas catorce o quince veces.

Es uno de los momentos del día en los que se permite una pausa, y se dedica a disfrutar del aromático café caliente. Sus ojos se pierden por el ventanal, recorriendo las azoteas de las edificaciones vecinas, hasta fijarse en la antena de recepción de televisión para abonados que queda justo enfrente. En la punta de la antena siempre se posa un palomo gris, desde donde domina su territorio. Esta vez no está. No... Llegó. Está revoloteando. Se posa en la antena y entra a moverse, abriendo y cerrando su cola hasta que por fin logra el equilibrio. En realidad no sabe si es un palomo, si es macho, el supone que sí. Desde la jubilación de Benítez, hace ya más de dos años, el palomo es el único compañero real de trabajo que tiene, el único que rompe la soledad de su oficina.

Hecha la pausa, se dedica a pensar en la frase que debe incluir en el expediente, algo así como “procédase de acuerdo con el proyecto de resolución precedente” y continúa con su trabajo.

Al mediodía hace otra pausa. El palomo está posado en la antena. De su portafolios extrae una servilleta que extiende a modo de mantel, sobre la misma pone un juego de cubiertos, un huevo duro, otra servilleta, un plato, una milanesa, dos croquetas de arroz y una banana. Siempre lamenta que el ventanal no tenga un pretil en donde tirar las migas que caen en el mantel, y así alimentar con ellas al palomo.



El palomo

Empieza por el huevo duro. Lo golpea contra el escritorio en repetidas ocasiones, hasta fragmentar completamente la cáscara. Lo pela.

Comienza a comerlo, echándole un poquito de sal, siempre mirando al palomo.

Cuando está en plena masticación del segundo bocado del huevo duro, Maresca ve que el palomo hace un aleteo imprevisto y cae al vacío. Siente una punzada en el estómago, tiene la certeza de que el palomo está muerto. No puede seguir comiendo. Se siente muy mal. Guarda la comida nuevamente en el portafolios, en completo desorden, enrolla la servilleta y la guarda -esta vez no la dobla prolijamente en cuatro.

Angustiado, toma la decisión de irse. Se pone el saco, sale de su oficina y, sin golpear, entra al despacho del Director. El Director interrumpe la lectura del diario y lo mira asombrado.

-Me voy. Me siento mal -explica Maresca en forma monocorde y apenas audible.

-¿Qué pasó? ¿Algún problema familiar? -pregunta el Director.

-Me voy. Me siento mal -repite Maresca sin cambiar el tono.

Sale del local de la Dirección y, a punto de llorar, llama al ascensor. Mientras lo espera, dos chiquilines bajan la escalera correteando y gritando.

Maresca los mira.

-¡Che, qué puntería! ¡Lo bajaste de un solo chumbazo! - dice uno, con entusiasmo.

-¿Viste? -contesta el otro-. Vamos rápido, que tenemos que ir a la escuela. Mañana te toca a vos tirarle a las palomas.



La partida de cartas

Sanginetto, Calabria, Reino de Nápoles, 1853

El sol y el vino habían bajado. La última partida de cartas estaba terminando. Los cuatro jugadores se juntaron después del almuerzo en la taberna de Nicola y jugaron durante horas. Las partidas se fueron sucediendo, las botellas, el queso, las picadas de salame, las aceitunas. Varios curiosos se acercaron. Al atardecer la brisa de la montaña empezó a refrescar a los jugadores, ofuscados por las apuestas, el vino y el sol de aquel domingo de verano.

Estaba ganando, como siempre, el sacerdote Fortunato Giunti, el síndico del pueblo.

Don Fortunato tenía en el rostro dibujados dos ojos negros astutos, un bigote tupido, una nariz colorada y una sonrisa burlona de la que colgaba una pipa que cada tanto pitaba. Por su frente resbalaba abundante sudor. Junto a su enorme barriga colgaba el espadón, símbolo de su autoridad como representante del Rey, pronto para desenvainar por

cualquier motivo y con sumo placer, aterrorizar al desarmado ofensor.

Como casi siempre su primo el Barón Leopoldo Giunti estaba en la corte napolitana, Don Fortunato era la máxima autoridad del pueblo.

-¡Otra vez perdiste, Picuraru! Me debes otra horma de queso -dijo risueño al bajar el as deoros.

El derrotado era Peppe Picuraru, un pastor de ovejas que pasaba la mayor parte del tiempo en la montaña cuidando su rebaño. Bajaba al pueblo cada quince días a visitar a su familia y a vender quesos.

Peppe miraba incrédulo la carta que el sacerdote estaba mostrando. Rascándose el rostro flaco y mal afeitado dudaba, se preguntaba si el cura habría hecho trampa. Luego mirando el espadón, recordó el puntazo que por un cajón de tomates casi le costó la pierna a Mimmo Contadini y dijo:

-Dios está de su parte, padre. Por hoy no juego más. Me voy a quedar sin el queso que producen mis ovejas.

-Hacés bien, la temperancia es una virtud -dijo con una risotada.

Antes que Peppe, habían perdido Francesco "Ciccio" Maccaruni y Antonio Amazzalupu.

Ciccio tenía un criadero de cerdos a una legua de la entrada al pueblo, en el camino a la playa. Fabricaba los mejores salames del pueblo: salchichas, capocolli -hechos con el cuello del animal-, soppressate -tocino y lomo picado finamente a cuchillo condimentado con pimienta negra, ajíes picantes y vino blanco-, y los ponía a curar colgándolos del techo en las habitaciones de su casa -cuando se los vendía a Don Fortunato le decía: "Éstos sí que son buenos, los vigilé hasta durmiendo, estaban arriba de mi cama"- . Esta vez Ciccio debía pagar su apuesta con un tarro de chorizos en unto, que Don Fortunato gustaba comer en fritangas con papas, cebollas y huevos, usando la manteca de cerdo



Alvaro Bonanata

con orégano y ají para untarla en rebanadas de pan.

Antonio era un campesino joven y fuerte, endurecido por el trabajo en la tierra. Tenía los cultivos distantes a dos horas del pueblo. Algunas parcelas eran propias y otras se las arrendaba al Barón. Eran campos buenos y bien irrigados. Cultivaba cereales, leguminosas y hortalizas. También poseía viñedos, olivos y árboles frutales. En su casa en el pueblo, donde vivía con su mujer, una campesina de veinte años bien proporcionada y de anchas caderas, y sus dos hijos pequeños, criaba gallinas y un cerdo para la matanza anual. Con Don Fortunato había perdido una cuartilla de trigo.

-Nicola, traé otra botella de vino, que pagan en mi honor los perdedores -dijo Don Fortunato arrastrando la lengua.

Nicola llevó a la mesa otra botella. Él y los parroquianos que miraban la partida de cartas estaban alerta: sabían que Don Fortunato se ponía violento cuando se emborrachaba.

-Antes de servir el vino voy a vaciar el intestino -dijo Don Fortunato parándose-. No te preocupes, Antonio. Te voy a traer algo para que tus berenjenas queden bendecidas.

Antonio bajó la mirada, apretó los dientes, metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta y tanteó su cuchillo. Don Fortunato, con paso tembloroso, se dirigió al patio trasero de la taberna.

Cuando volvió, sonriente y aliviado, se sentó a repartir el vino con mano insegura.

Primero se sirvió a sí mismo, volcando un poco.

-Peppe: a vos te doy vino. Mañana de mañana me tenés que traer las hormas de queso.

-Gracias ¡A su salud, padre!

-Ciccio: a vos no te doy vino, tenés el mismo mal olor que tus cerdos -dijo en forma despectiva-. Mañana me traés los chorizos. Los quiero antes del mediodía.

-Como usted disponga, padre.

-Antonio: -hizo una pausa-. Me caés bien. A vos te sirvo vino porque quiero brindar por tu mujer... Que me cae mejor. Prepará la cuartilla de trigo en un saco, se la dejás a Filomena y te vas a trabajar que yo de tarde voy a tu casa a buscar el trigo.

Antonio se paró dispuesto a usar su cuchillo. Su primo Pasquale Amazzalupu, que hacía rato que veía como la situación se tensaba, lo atajó abrazándolo y se lo llevó de la taberna, evitando que Don Fortunato lo ensartara con la espada.

-¡Qué muchacho este Antonio! ¡Me gusta! -dijo Don Fortunato riendo a carcajadas.

Esa noche Antonio empujó con violencia la puerta de su casa y entró como un vendaval.

-¿Qué pasa Antonio? -preguntó Filomena asustada.

Antonio cazó del pelo a su mujer, la arrastró unos pasos y, tomándola de atrás, le puso el cuchillo al cuello.

-Putá. Quiero que hables -dijo gritando-. Hablá grandísima puta antes de que te mate. ¡Hablá!

Filomena lloraba.

-No entiendo. ¡Por favor!

-Vos sabés de qué estoy hablando -Antonio presionó más con el cuchillo, la punta hizo un pequeño corte en el cuello de Filomena

-No Antonio, no me mate -dijo ella llorando y gritando-. Yo no tengo la culpa. No me mate.

Antonio la soltó y Filomena cayó sentada en el piso.

-¿Cuántas veces?

Ella lo miraba sin decir nada.

-¿Cuántas?



Alvaro Bonanata

-Dos...

Antonio lanzó el cuchillo con violencia y lo clavó en la puerta. Después le pegó a Filomena con el dorso de la mano haciéndole sangrar la nariz.

-¡La puta madre! ¿Cuándo? -volvió a tirarle del pelo- ¿Cuándo?

Filomena no lo miraba.

-La semana pasada... Y la otra. Usted estaba trabajando en el campo. Él vino y me amenazó. Me dijo que si no accedía los mataba a usted y a mi padre. Yo le creí. Él ya lo había hecho con mi hermana Angelina.

Antonio le dio otros dos golpes a Filomena y la dejó tirada en el suelo. Desclavó el cuchillo y salió de la casa dando un portazo.

Al día siguiente Don Fortunato estaba desayunando cuando golpearon en la puerta. Pensó que habían llegado los chorizos.

Abrió.

-¡Buenos días, padre!

-Sos vos -dijo con fastidio-. ¿Qué cazzo querés?

-Quería avisarle que Antonio Amazzalupu hoy no fue a trabajar al campo. Está en el pueblo.

-¡Qué interesante! Voy a tener que darle una buena lección a ese muchacho.

El visitante queda en la puerta manipulando nerviosamente su sombrero.

-¿Qué? ¿Tenés algo más para decirme?

-La bendición, padre.

-Dios te bendiga hijo mío.

Don Fortunato cerró la puerta olvidándose del desayuno.

Antonio volvió a su casa pasado el mediodía. Traía un objeto envuelto en un manto. Filomena al verlo dejó caer el cesto que llevaba.

-¡Antonio! ¡No fue al campo! La comida ya está fría. Si quiere se la caliento enseguida. Hice pasta e fasuli.

Hablaba con dificultad. Tenía el ojo izquierdo morado y casi cerrado, la cara hinchada, lastimado el labio superior.

-No quiero nada. ¿Cuándo viene el cerdo?

-Lo va a matar con la espada. Váyase antes que él venga. ¡Por favor!

-¡Me importa un cazzo! No te pedí opinión... Y no tengo que darte explicaciones. ¿Cuándo viene?

-La otra vez vino poco después que las campanas de la iglesia dieran las tres -dijo casi en susurros.

-Esto es lo que vas a hacer. Dejás a los niños en la casa de tus padres. Vas a volver. Cuando venga lo vas a hacer pasar. Te vas para lo de tus padres y me esperarás allí. ¿Entendiste?

-Sí, Antonio. Lo que usted mande.

Antonio subió al segundo piso a esconderse.

La casa donde vivía estaba situada sobre la ladera de la montaña, tenía tres pisos. En el de abajo guardaba los toneles del vino, las vasijas del aceite y de los granos, las frutas y verduras desecadas, la factura de cerdo colgada del techo, las herramientas. En el primero, que por el desnivel tenía entrada independiente, estaba la cocina y la habitación de los niños. Al segundo piso se llegaba por una escalera que daba a una puerta trampa -el lugar elegido por Antonio para esconderse.

El tiempo transcurría lento. Antonio oyó como las campanas de la iglesia dieron la una, a Filomena irse, luego volver, las campanadas de las dos, las de las tres. En el suelo estaba extendido el manto que había traído.



Alvaro Bonanata

Golpearon la puerta.

Antonio se tensó.

Filomena se persignó y abrió.

-Váyase padre, por favor, se lo suplico. Va a caer la desgracia sobre esta casa.

Don Fortunato entró con la espada desenvainada. Agitado.

-¿Dónde está? Salí del medio. ¿Está escondido? Voy a enseñarle a respetar a la Iglesia y a la autoridad.

Filomena salió de la casa llorando.

El cura comenzó a buscar en el piso de abajo. Destapó los toneles de vino, revisó las vasijas de aceite, clavó la espada entre los granos.

Al no encontrarlo se puso más furioso.

-¿Dónde estás hijo de puta? Te voy a matar como a un perro.

Antonio contenía el aliento tras la puerta trampa.

El cura subió al primer piso. Buscaba debajo de las camas dando puntazos. En los baúles de la ropa. Con la espada tiró al piso los platos y vasos de terracota que usaba la familia para comer.

A Antonio le corría un sudor frío.

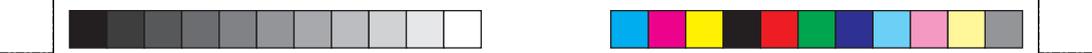
Don Fortunato se fijo en la escalera que lleva al segundo piso.

-Cuando te agarre te voy a meter la espada por el culo. Empezá a rezar por tu alma.

Comenzó a subir. Los peldaños cimbraron con su peso. La escalera temblaba. Don Fortunato jadeaba.

La cabeza del cura se asomó. Antonio retiró el manto, tomó el objeto del mango y, dando un salto, asestó un hachazo en la cabeza a Don Fortunato. El cura cayó escaleras abajo, el hacha apenas lo había rozado. Antonio se tiró por el hueco de la puerta y esquivó la estocada.

El hacha empezó a subir y bajar una y otra vez.



La partida de cartas

Hasta que Antonio se cansó y se quedó sin odio.

Tiró el hacha a un lado.

Todo ensangrentado bajó al depósito y juntó una cuartilla de trigo que luego esparció sobre el amasijo de carne, sangre y ropa que había quedado de Don Fortunato.

-Antonio Amazzalupu paga todas sus deudas.



El concierto de Ernestina

Fastidiada Ernestina dio un manotazo y el piano emitió un quejido lastimero. Observó el salón: los viejos sillones apolillados, la alfombra persa, los adornos, los ventanales con sus pesadas cortinas de terciopelo, la estufa apagada.

Estaba harta. Harta del piano. Harta del vacío del salón. Harta de la soledad de la casona. Harta de la vida.

Había empezado a tocar a los cinco años. Había practicado rigurosamente todos los días. Ahora, a sus cuarenta y tres, era capaz de tocar incluso las piezas más difíciles de Rachmaninov. Pero no tenía público. Estaba sola.

Subió corriendo a su dormitorio. Abrió, furiosa, el baúl de su ajuar. Desparramó las sábanas que con tanto esmero había bordado, amarillentas por el paso del tiempo. Hizo girones la bata que había reservado para la noche de bodas. Llorando se tiró a la cama y se durmió.

Despertó con los ojos hinchados. Se levantó dispuesta a terminar con todo.



El concierto de Ernestina

Bajó al estudio y abrió un cajón del escritorio. Contentó, fascinada, la pistola de su padre.

Pero no se animó a empuñarla.

Abrió otro cajón y extrajo un pequeño frasco. La etiqueta decía *cianuro de potasio*. Tenía suficiente veneno como para matar a un caballo.

Formuló un plan sencillo: Iría a la cocina. Se haría un té. Vaciaría el frasco y se lo tomaría.

La caldera se secó en la hornalla sin que se animara a hacerse el té: Sola no podía.

Ernestina publicó un aviso en el diario del domingo solicitando un “compañero para, juntos, ponerle fin a los sufrimientos de la soledad”.

Recibió la carta de un hombre llamado Eduardo, que decía que la comprendía y que también estaba en la más absoluta de las soledades.

Ernestina le escribió contándole que era hija de la vejez del coronel Fagúndez y de una mucama, que, para ocultar el hecho, toda la familia viajó a la estancia de Tacuarembó, donde ella nació y fue inscrita como hija legítima del coronel y su esposa, y que ellos hacía tiempo que habían fallecido.

Por la nueva carta de Eduardo, Ernestina se enteró de que tenía treinta y tres años, era maestro de Primaria y licenciado en Ciencias de la Educación, que, por una falsa acusación de pedofilia, había sido destituido y estuvo preso en la cárcel de Las Rosas, donde padeció “las mortificaciones más indescriptibles”, que perdió familia y amigos, y ahora vivía en “una pensión infame” y trabajaba como cuida coches en Pocitos.

Se conocieron un sábado.

Eduardo llegó a la casa de Ernestina vistiendo un ajado traje de alpaca con olor a naftalina. Traía en la mano un ramo de jazmines.

Ella contuvo un llanto emocionado al abrir la puerta y verlo.

Se saludaron con una sonrisa y se dieron la mano.

Pasaron a la sala y se sentaron en un sillón de tres cuerpos. Sobre la mesa ratona había dos tazas, un azucarero y el frasco con el cianuro de potasio.

Eduardo sonreía incómodo.

-¿Le gusta Rachmaninov? Si quiere, puedo tocarlo al piano.

-Sería muy amable de su parte.

-También puedo recitar poesía en francés... Rimbaud... Verlaine... Mallarmé...

-El piano estaría muy bien, gracias.

Ernestina tocó un concierto de Rachmaninov y volvió junto a Eduardo.

-¿Hacemos el té? Puedo ofrecerle Darjeeling, Earl Grey, ...

-Ernestina, disculpe que la interrumpa. Espero no ser frívolo. Quería proponerle algo... Antes del asunto del cianuro... ¿Qué le parece si nos despedimos de la vida yendo por última vez al teatro?

-Y podríamos ir a cenar -respondió ella y, viendo la cara de preocupación de él, agregó-: No se preocupe. Yo invito.

Se pusieron los abrigos y pidieron un taxi. Fueron al Solís y luego al restaurante nuevo de junto al teatro. Regresaron cerca de medianoche.

Ernestina preparó el té, volcó el contenido del frasco en la tetera y sirvió las dos tazas.

-Tenga cuidado, no se vaya a quemar...

-¿Podemos darnos la mano?

Ella asintió. Eduardo la abrazó, le dio un beso en la mejilla y le dijo al oído:

-Ernestina: tengo una poderosa erección.



El gato tuerto

Ramírez es un jubilado de Casinos Municipales. Vive en el altillo de un viejo edificio de la calle Maciel. Su pieza es bastante amplia, aproximadamente de cuatro por cuatro, tiene el piso de tablas que en algunos lugares están apollilladas y las paredes pintadas a la cal de un color difuso entre amarillo y crema, agrisado por los años. El mobiliario consta de una vieja cama de hierro de una plaza con un colchón de lana con el cotín manchado, una mesita de luz con una portátil, una mesa, cuatro sillas de cármica que no hacen juego, una reposera de playa y un roperito de tres cuerpos con un espejo partido en la puerta del medio. Sobre la pared opuesta a la puerta de entrada hay una mesada de azulejos verdes en dónde está el primus con el que cocina y una pileta de esmalte descascarado con una canilla de bronce. Junto a la pileta está la puerta que da a la azotea, única fuente de luz natural de la pieza. A él no le importa no tener una ventana con vista a la calle, tiene una gran miopía que le obliga a utilizar unos lentes de cristales gruesos, tipo culo de botella, con graduación menos nueve. Generalmente en su casa no usa los lentes porque son pesados y le molestan.



Alvaro Bonanata

Ramírez eligió ese altillo porque le facilitaba dedicarse a sus dos pasatiempos favoritos la pesca y los gatos. El edificio queda apenas a tres cuadras de la escollera Sarandí. Casi todas las mañanas sale al amanecer con la caña de pescar, un bolsito con plomadas, anzuelos y tanzas, un balde y el termo y el mate. En un comercio que queda de camino compra camarones o mejillones para utilizar como carnada y pastelitos fritos de dulce de membrillo espolvoreados con azúcar para acompañar el mate. Como es buen pescador, casi siempre vuelve con algún pescado, en general con varrios, corvinas, lisas o roncaderas.

A él no le gusta el pescado, pesca, además que porque le gusta la vida al aire libre, para alimentar a seis o siete gatos que rondan su azotea. En los últimos años ya ha alimentado a varias generaciones de ellos. Todos los días, al atardecer, aparecen los gatos y empiezan a maullar en la puerta de Ramírez. Él reparte equitativamente la pesca que logró, o que compró si no fue a pescar o no había pique, entre todos sus visitantes.

De vez en cuando, invita a cenar y a jugar al truco, a tres amigos de la escollera, veteranos jubilados que se dedican a la pesca como él. Para la cena de esta noche, ya está hirviendo, en la olla que está sobre el primus, un succulento guiso hecho con fideos secos – moñas –, papas, garbanzos, chorizo y aguja con hueso.

Está tomando vino y mate que le ceba el Cholo Gómez, que hoy vino temprano. En la puerta de la azotea los gatos ya están reclamando la cena. Hoy son seis. Divide en seis parte la pesca y se las da.

-Vení, Cholo. Mirá. Ahí viene el gato tuerto que te decía.

-Ramírez, ponete los lentes. El gato se está yendo.



Rambo

Soy Rambo, según dicen quienes me conocen, un alegre y divertido mejillón. Vivo con una barra de amigos en una colonia que está en una roca en la parada 4 de la Playa Brava, en Punta del Este. Un condominio con una ubicación privilegiada con vista a la playa y a la Isla Gorriti.

El diario quehacer de un mejillón es sumamente emocionante. Disfrutamos de una rica vida social plena de actividades deportivas en el mar. También en materia cultural estamos en plenitud: hemos formado un coro y tenemos un amplio repertorio de autores nacionales y extranjeros (algún día deberían visitarnos y oírnos). Por las noches, solemos realizar torneos de dígalo con mímica. Como verán, nunca tenemos tiempo para aburrirnos.

De mañana me despierto bien temprano y, después de contemplar la salida del sol, me dedico a realizar flexiones y lagartijas con mis valvas durante una hora. Me doy un buen baño de mar y desayuno alguna exquisitez que logro filtrar de las aguas marinas.



Alvaro Bonanata

De más está decir que soy cultor de la salud y la vida natural, y que mi dieta es rica en ácidos grasos Omega 3. El resto del día lo paso a tope con mis compañeros en las actividades ya mencionadas. De noche, los mejillones solemos irnos a dormir temprano, a pesar de esto yo tengo la costumbre de regalarme alguna que otra puesta o salida de luna, lo que me ha hecho ganar fama de romántico.

Soy un mejillón liberal, hasta se podría decir de izquierdas, con una moral diametralmente opuesta a la victoriana. En mi barra somos muy gregarios y solemos hacer todas las actividades en grupo. Recalco: todas. A estas alturas, con lo que estoy diciendo, ustedes creerán que somos muy promiscuos y lujuriosos y que el relato empezó a tomar un tono más picante, más “hot”. Lamento decepcionarles ya que somos totalmente asexuados, entonces se van a quedar sin cochinadas.

En mi casa, un monoambiente de dos valvas con paredes exteriores negras, guardo el trofeo que obtuve al ganar el torneo de Escupitajos Marinos Verano del 2008. Todavía guardo en la retina las instancias de mi victoria final ante el Morrocoyo. El orgullo aumenta cuando uno le gana a un mejillón amigo, que ahora se dedica a la alta gastronomía en una marisquería del puerto y es famoso por su especialidad: spaghetti alle vongole.



*A Mario Delgado Aparain y Alfredo Valdéz,
aunque ellos no lo sepan*

Claudio Montoro



Claudio Montoro: *Nació en Montevideo el 24 de agosto de 1961. estudió, se graduó y ejerce el Derecho como profesión.- Jorge Luis Borges y el futbol son sus pasiones contradictorias que se neutralizan y conviven en armonía*

Me piden una receta de cocina

Claudio Montoro

Dice Borges, creo que dijo o escribió, que nada en el mundo es sencillo, pues todas las cosas que existen son una creación de Dios, cuyo principal atributo es la complejidad.

En esto pensaba, cuando al comenzar a escribir mi receta, un Vascolet, el procesador de texto cuyo nombre omitiré por razones implícitas en este manifiesto, se empeñaba en señalar la palabra como desconocida. Es obvio confirmé, es un programa de computación hecho de fórmulas abstractas y pura lógica, inserto en un sistema que se autojustifica, que solo puede ser operativo en un mundo cerrado carente de sensibilidad. Decidí soslayar la advertencia y sin ni siquiera ingresar la palabra al diccionario (no lo merecía), continuar.

Dos precisiones previas, una dentro de la otra. El nombre refiere el género por la especie, vale decir, la parte por el todo. Vascolet es una marca comercial, pero a estos efectos, designa en general a cualquier polvo manufacturado con componentes varios que no tiene sentido descifrar, cuyo núcleo esencial es el cacao. Combinado con leche, de-

viene en un brebaje con sabor a leche achocolatada y por ello recibe también el mismo nombre. La pretensión en este libelo es aludir, según los casos, a cualquier polvo que permita esta preparación y también, al resultado de la preparación, independiente del nombre con el que se lo identifica en la práctica.

A riesgo de quebrantar el principio de identidad, un Vascolet es un Vascolet a pesar de haber sido preparado con otro insumo, en tanto respete el núcleo básico especificado.

Si se me excusa prolongar esta introducción antes del ingreso al tema, -entiendo su impaciencia de consumidor, su ansiedad de chef- debo formular una advertencia histórica, quizás sociológica que justifica la denominación.

El mantenimiento del nombre no responde a una corruptela del mercado destinada a promocionar un artículo de venta. De ninguna manera. Quienes fuimos hijos de la última generación que aceptó órdenes y hoy, somos los primeros padres que no las podemos dar, sabemos que el nombre fue estampado hace muchos años en la memoria colectiva y no acepta mudanzas. El mismo Borges advertía que el nombre es el arquetipo de la cosa, que en las letras de la rosa está la rosa y que, todo el Nilo en la palabra Nilo. Cumplidas estas prevenciones, nada nos separa de la alquimia.

Es útil pero no imprescindible, contar con un vaso de vidrio espigado, preferentemente de un espesor relevante para soportar sin riesgos el embate de la cuchara y que ésta, sea de metal, larga y coronada de una concavidad media.

Los ingredientes: Vascolet, azúcar y leche. Hemos hablado del primero, el segundo no tiene ningún destaque y la leche, conviene que sea homogeneizada, entera, preferentemente fresca o del día, sin que pueda excluirse las modalidades de larga vida.

Muy importante, tiene que estar fría, bien fría, por lo menos a temperatura de heladera. Este aspecto es relevante

pues en noches tórridas, la tentación y el riesgo de poner hielo es alta, y las consecuencias de afectar el equilibrio de los componentes y con ello el resultado, puede ser fatal.

Las porciones son inefables, posiblemente meramente intuitivas. Una cuchara y algo más -no sé cuanto más si no lo veo- es lo que lleva de Vascolet, y de azúcar un poco menos de una cuchara. Tampoco tengo claro cuanta leche, pero a juzgar por la duración de un litro de leche luego de las sucesivas ingestas, debe tratarse de doscientos a doscientos cincuenta centímetros cúbicos.

La proporcionalidad entre sus componentes es especialmente destacable pues como se verá, en la preparación existe un punto de no retorno, en el que la insuficiencia o demasía en la cantidad de Vascolet, no podrá ser reparada, ni agregando más polvo ni poniendo más leche.

Se insiste con buenas intenciones que para cocinar se requiere amor. Es falso. Conozco muchos hombres y mujeres henchidos de rencor por lo que hacen y para quienes sirven, que regalan con inquina los mayores manjares. Desconfíe de esta ilusión romántica y aférrese a este consejo más pragmático: se precisa paciencia y contención. Paciencia para respetar el tiempo de mixtura del producto, que siendo breve no acepta apresuramientos, contención para aguardar hasta el final del proceso sin precipitarse sobre el goce prometido que está, literalmente, al alcance de la mano.

Estas líneas afirman el carácter democratizador del Vascolet, dónde la apropiación de la plusvalía ajena está, por definición, excluida. El consumidor debe preparar el suyo sin recurrir a un tercero que lo sustituya, por mayor cariño que nos dispense. No se olvide, el rito del Vascolet demanda autosuficiencia, control y canalización de las pulsiones e instintos más primarios.

Antes de empezar el preparado, un consejo personal ajeno a la técnica aplicable. Abra la bolsa del Vascolet y as-



Me piden una receta de cocina

pire. Con ojos y boca cerrados, déjese vencer por el gusto dulzón e invasor del cacao con la vainilla, que, desde la nariz hasta nuestros recónditos pliegues, promete y cumple los mayores goces.

Empecemos: En primer lugar, debe depositar el Vascolet en el fondo de la base cubriendo la totalidad de la superficie en las cantidades insinuadas. Incorpore luego el azúcar y bajo ninguna circunstancia invierta este orden. En seco, revuelva apenas, preparando la llegada de la leche, que en gotas irá ingresando en forma sincrónica con la rotación de la cuchara. Gradualmente, modificando con pulso de relojero la verticalidad de la jarra en el sentido de la horizontalidad. La leche, blanca, universal, irá avanzando por gravedad, humedeciendo el polvo que comenzará a reagruparse hasta que el torrente se detenga.

Se debe girar la cuchara en sentido horario (no me pregunte por qué no en el otro sentido) a un ritmo sostenido pero irregular en cuanto a su recorrido, pues existirán rugosidades de la masa que se va conformando, que hacen necesario raspar las aristas del vaso hasta despejar todo foco rebelde. La gestión de unificar el Vascolet, el azúcar y la leche, conduce luego de algunos segundos, a una sustancia viscosa que, vencidas las primeras resistencias, se consolida como un chocolate líquido granulado, que de a poco se vuelve más amigable.

El ritmo de rotación de la cuchara, inicialmente monótono, va recibiendo el aporte del operador. Observando concentrado el fondo del vaso, con la mirada fija en la semente, experimentará un efecto hipnótico. Sus recuerdos y su imaginación se irán incorporando al proceso, y las imágenes prohibidas y proyectos que no se permitió, irán despojando al acto de sus rasgos rutinarios y mecánicos.

Desde el cielo, el manipulador en contemplación podrá leer su propia alma y sentirá el deseo crecer desde la penumbra. Al impulso del movimiento circular, entenderá que todo tiene que ver con todo, que no existen principios



Claudio Montoro

ni finales, que la vida esta empezando en cada momento y que no se detiene y que estamos a tiempo. Una corriente vital escalará primero a su mano, se multiplicará en su brazo y contagiara a partir de los hombros, su cuello, desperdigándose rumbo a las extremidades. Garganta y labios húmedos sentirán afinidad con la sustancia densa. Todo su ser estará compelido a inclinarse sobre el vaso a espiar, como se avanza con culpa pero sin detenimiento en la visión prohibida de la mujer deseada y desnuda.

Es el momento de agregar más leche. Deberá hacerlo con mayor vértigo que la primera vez, porque nos acercamos al punto culmine de la preparación. La asimilación del concentrado con el lácteo demanda imprimir una mayor aceleración a la rotación de la cuchara. Aquellos, contrapuestos en su color, forma y estado, se irán penetrando y pactando sus diferencias. El nivel del líquido se irá elevando con rapidez mientras se redobla el ritmo de la cuchara que unifica la oscuridad y la luz.

Asegúrese de que el chocolate inicial, previsto para fusionarse con el líquido que ingresa, no se adhiera al vaso. Para eliminar estas disidencias, haga más extenso el radio de circunferencia de la órbita de la cuchara, raspando los laterales. Si este fuera el caso, deberá reducir la cantidad de leche a verter, a fin de dar tiempo a la conmixti3n adecuada, dado que el chocolate desprendido de las paredes demorará algunas fracciones de segundos en incorporarse a la matriz.

Casi estamos. Siga revolviendo. Se está aproximando a lo máximo, casi al borde, cuidando de no derramar. Usted y el Vascolet están prontos, lo espera una bebida dulce, coronada en su cresta con una pequeña espuma de un color que no tolera definici3n, o que, si lo permite, se niega a expresar con palabras comunes algo parecido que lo evoque. Con el líquido todavía en circulaci3n t3melo. Relájese y goce el néctar de los Dioses. Hágalo sin culpa, Usted se lo merece.

Estuve todo el martes viendo cómo me organizaba y, cuando mi desidia me hacía pensar que ya había desistido, siendo las 17.47 pensé, como James Bond, que solo se vive dos veces y sin pensarlo más salí corriendo encorbatado -lateralmente- al Teatro Solís, a cinco cuadras de mi trabajo.

Llegué agitado, exhalando mis pulmones pero viendo gente en la fila de la boletería. Me esperaban. Otros también se habían decidido sobre la hora, siempre con el temor reverencial porque el teatro (y los bancos) deben ser de las pocas cosas puntuales que tiene el Uruguay.

Mientras normalizaba mi respiración y esperaba en la fila, me di cuenta de que me iba a sobrar una entrada y me pregunté qué destino debía darle. Imaginé un beneficiario anónimo y desconocido que pudiera dar testimonio singular de mi generosidad. En ese afán escudriñaba las caras del eventual bendecido por la suerte, cuando fui interrumpido por un señor mayor, contextura gruesa, campera corta gris, pelo blanco, largo y lacio, que estaba en el perímetro exterior de la fila y tenía un aspecto foráneo a la atmósfera cultural del lugar, con un semblante más de tribuna Olímpica del Estadio Centenario que del Teatro Solís.

Me preguntó:

-Señor, ¿usted estaba buscando una entrada para comprar?

-Sí -le contesté.

-Dele gracias a Dios, hoy es su día de suerte: me está sobrando una.

-Le agradezco, señor -le contesté, y cuando fui a aclarar que iba por la promoción y que en 45 segundos era a mí a quien le iba a sobrar una entrada, insistió:

-No se preocupe, estoy con mi señora y con mi hija y nos falló alguien; se la vendo al precio que la compré.

-Es usted muy amable -le repliqué-, pero yo pensaba comprar con...

-No se preocupe -me volvió a interrumpir sin opción-, hasta le puedo hacer un descuento.

Quise decirle que no tenía plata -lo que era cierto-, que pensaba pagar con tarjeta de crédito, y le abrí la billetera para que constatará que no era mala voluntad, solo imposibilidad.

-Pero ahí tiene un billete de diez dólares -me dijo mientras su índice descubría un billete verde gastado entre un fajo caótico de boletos de ómnibus y *vouchers* de tarjetas de crédito.

Era correcto. No me acordaba. Un billete de esos, que me habían sobrado del viaje a Buenos Aires, adornaba mi billetera.

-Démelo. Usted hace flor de negocio, se ahorra como \$ 200 y verá la obra en la platea, en el mejor lugar del teatro.

Me dio pereza contradecirlo. Yo pagaba el doble de lo que pensaba invertir, pero me ahorra hacer la fila, elegir un lugar, comprar y especialmente encontrar un espectador para mi entrada sobrante. Me ahorra también el remordimiento de dilapidar una entrada que nunca tendría un beneficiario.

El buen hombre me tomó del brazo y me arrastró a la puerta de entrada de la sala, donde se acumulaban a paso lento los futuros espectadores. En el corredor humano, me presentó sin nombre y con un giro de cabeza a su esposa y su hija. La primera tenía el semblante del marido y si me hubiera dicho que era la hermana le hubiera creído. La hija, por el contrario, era una morocha joven e interesante, con cara de haber perdido en la emergencia un novio que no pudo venir a último momento y del que yo iba a ocupar su lugar.

Pensé que hacía 15 minutos estaba rodeado de papeles aburridos y ahora el destino imprevisible me daba esta segunda oportunidad, formando una familia con desconocidos. En el silencio incómodo de esa familia ensamblada y



Claudio Montoro

artificial que había pasado a integrar, el hombre me empezó a explicar cómo nos íbamos a sentar en el teatro.

Tenía todo pensado. Como un técnico de fútbol que es mostrado por la televisión indicando al jugador reemplazante su posición cuando ingrese a la cancha, puso su mano en vertical con los dedos para arriba, replegando el pulgar para hacer coincidir sus cuatro entradas con quienes caminábamos rumbo a los asientos, y con la otra mano iba tocando sus dedos para hacer coincidir asientos, dedos y personas.

Decidió que yo iba en un extremo, el más alejado del corredor, junto a su señora y distanciado de su hija, que estaba blindada por los padres en cada costado. El proyecto de distribución terminó de ser explicitado mientras recorríamos el corredor circular que bordea la platea, mientras un acomodador joven, rubio y de aspecto de botones de hotel internacional, trajeado de color *bordeaux*, nos acompañaba y escuchando las instrucciones del patriarca nos preguntó:

-¿Ustedes son familia?

-No, no -contestó presuroso el padre y, con buen tino, se ahorró otras explicaciones.

Llegamos a destino. Me senté y respiré profundo, satisfecho. Podía empezar a disfrutar ese teatro bellissimo, que inspira tanto respeto y transmite la reverencia de un templo antiguo, noble y desconocido. Apagué el celular para evitar cualquier riesgo de intrusión y disfrutar a pleno de Tolcachir, del Solís y de lo que la vida me estaba regalando.

La platea estaba casi completa. Un éxito la propuesta. Yo me sentía parte de esa fiesta y la gente animada, sentada o de pie en espera del comienzo de la función, se saludaba de fila a fila y comentaba, como cómplices de un proyecto no escrito, los próximos estrenos de cine y teatro, ballet y ópera. Sentada a mi izquierda, la señora que formaba parte de mi familia más reciente permanecía en silencio. A mi de-



Una noche en el teatro

recha, otra señora, miembro del universo cultural local, intercambiaba opiniones eruditas con los espectadores vecinos que se esparcían por el centro de la sala.

A los pocos minutos empezó la obra. Había leído la propuesta y la recordaba literalmente: “Dos seres viven una historia de amor a la distancia y, poco a poco, cada uno se convierte en lo único que el otro tiene en el mundo. Pero lejos”.

Amar a la distancia. Qué tema. Qué duda. Sí, estoy seguro de que se puede amar a la distancia y, de hecho, la mayoría de las personas lo hacen, considerando la distancia no en el espacio sino en el tiempo. Todos aman o creen amar a gente del pasado, pero ¿amar a quien no tengo enfrente en forma permanente?

¿Y será eso realmente amor, como concepto vital, realizable entre dos personas que combinan sus trayectos y sus sueños? ¿Es posible el amor de gente que vive separada? ¿Qué rutinas de contacto alimenta y mantiene el afecto? Me acordé de una noticia de un diario, sobre el porcentaje muy alto de los empleados casados de compañías aéreas que se divorcian. Es claro que el amor precisa distancia, pero si solo hay distancia, el espacio interior se convierte en el único espacio. No hay otras cosas, o hay otra cosa que ocupa el lugar del amor.

Las cortinas aterciopeladas, las alfombras y el señorío del ambiente me empujaban al refinamiento intelectual, o eso era lo que me parecía.

Estaba en un teatro solo rodeado de desconocidos a los que nunca conocería, descargando mi cansancio de un día de trabajo, cuestionando cómo amo, cómo aman los otros, descubriendo quién soy, decidiendo ilusoriamente cómo son los otros.

Entra un actor con paso decidido y su personaje, un cirujano vestido de túnica recién salido del quirófano, habla por celular con confianza y seguridad. Tiene un acento cas-



Claudio Montoro

tizo que revela su extranjería. Habla y habla con el otro personaje a través del celular, pero enseguida lo harán desde la pantalla de una *tablet* o desde una computadora portátil. Hablan y hablan, comparten la escena pero no cohabitan, y no paran de circular y entrecruzarse en el escenario. Están en sitios diferentes. Uno en España, el cirujano, el otro parece que en Australia. El otro tiene un tono argentino evidente pero moderado, sin las modulaciones grandilocuentes del italiano que subyace en su alma. Es una maravilla verlos en acción. Caminan, hablan entre sí, nunca se miran y van ocupando y desocupando el mobiliario en un movimiento armónico, una danza coordinada entre gente ausente.

Y otra maravilla es escucharlos. No gritan, hablan. Y se los escucha naturales, no existe artificio ni sobresaltos en sus voces. Están en el living de sus casas o de la mía y me cuentan sus alegrías y sus penas. El español no es cirujano, es un actor que interpreta a un actor en ese rol en una obra que nunca veremos. El argentino es argentino pero está en Australia, ilegal, sobreviviendo con trabajos menores. Se conocieron en las redes sociales. Y hablan como amigos, se cuentan sus cotidianidades. El español se revela como seguro de sí mismo y su personaje parece ser de familia noble y acomodada; manipula al argentino, que contesta desde el sentido común de la humildad y las limitaciones de su vida en un país extranjero, ajeno y sin papeles.

Hablan y hablan. Me empiezo a preguntar si el amor del que habla la reseña es el de estos personajes. La obra continúa, amena, bien actuada, pero los diálogos no parecen aportar más información, ni intimidad, ni afecto, mucho menos sentimiento. En un momento el español, en un prodigio escénico, se sube a una mesa y de esa mesa trepa al techo de una heladera, y desde el techo de la heladera le da la espalda a la platea, desabrocha a medias su pantalón, supuestamente baja su ropa interior acerca el celular a sus genitales y se saca una *selfie* que envía a su amigo distante. Enseguida se arrepiente. Y le pide, le ruega, le implora a su



amigo, que ahora entiendo que no es su amigo sino su pareja, que borre la foto. El argentino le contesta que sí, pero el otro no le cree y le exige que lo haga en forma inmediata, que lo compromete, y el destinatario, comprensivo, bueno y complaciente, cumple el pedido.

Mi heterosexualidad y, más seguro aun, mi conservadurismo, sin descartar mi inserción en lo que he leído como “el estereotipo del amor burgués heteronormativo”, me han traicionado. Estos dos son pareja y yo ni siquiera lo imaginé. Es cierto que mis prejuicios colaboraron en la defectuosa lectura del vínculo, pero los diálogos eran inocuos, carentes de dulzura o de una ternura mínima que revelara que esos dos tipos se habían elegido para amarse. No vi que eran amantes por la distancia física que los separa ni por ser del mismo sexo, sino porque su trato era ajeno a lo que identifico como amor.

La obra continúa y los personajes siguen hablando y caminando por el escenario, casi sin detenerse. Un prodigio escénico, una actuación que desde mi ignorancia me resulta fantástica, pero crece en mí el cuestionamiento de si la trama es verosímil.

¿Puedo sentir amor por una persona que nunca vi, a quien solo conozco a través de una pantalla? ¿Es amor lo que siento por alguien de quien nunca pude sentir siquiera su olor? ¿Cómo conocer, cómo amar sin haber sentido su proximidad, su respiración? No hay duda de que puedo sentir atracción por esas mujeres de películas y revistas, apetecibles, deseables, dulces, comprensivas, inteligentes, seductoras, pero ¿puedo sentir amor?

Mientras cavilo sobre estas dudas, entrando y saliendo de los diálogos que empiezan a repetirse en escena sin reportar mucho sobre la vida y el sentimiento de los personajes, la cónyuge de mi anfitrión, sentada a mi izquierda, empieza a toser.



Claudio Montoro

Primero son dos o tres sonidos aislados pero firmes. Es sabido que la oportunidad hace al inoportuno. La tos de mi vecina empieza a repetirse, con una frecuencia más alta y con más estridencia cada vez.

Reparo en que estoy en problemas cuando una señora de dos filas más adelante, que ha hecho un programa doble de peluquería y teatro, empieza a darse vuelta para identificar al estridente. Mientras mi vecina continúa tosiendo, empiezo a tener dificultad para oír a los actores de perfecta dicción. El elenco de curiosos aumenta conforme la tos no parece detenerse y otros se suman a la señora de la peluquería reclamando el cese inmediato de los ruidos. Siento que me miran a mí, girando sus cuerpos y amedrentando con sus miradas. Imposible saber qué pasa en el escenario, pero la señora de la peluquería verbaliza su enojo y nos grita:

-¡¡Por favor, un poco de silencio, estamos en un teatro!!

¿Cómo explicarles que yo no soy el responsable? Empiezo a sospechar que el marido, ubicado en el otro extremo de la hilera familiar, sopesó el riesgo y me dejó a la señora en custodia.

Me siento culpable e indefenso. Y también inocente. En la oscuridad del teatro el interruptor es anónimo pero localizado. Y yo estoy sospechado por un ruido de mi tribu, pero no mío, hasta que un caramelo salvador que le alcanza la hija desde el costado izquierdo de la señora, abierto con un celofán ruidoso, invasivo pero efímero, pone fin a ese calvario. Yo no sé que lo peor ni siquiera ha empezado.

Vuelvo a la obra. Los diálogos siguen iguales, pero seguramente he perdido una parte relevante de la trama. Me parece que no, porque los personajes continúan actuando como amigos distantes. El español -recordar que es actor en la trama- anuncia que se va de gira por Australia y final-



Una noche en el teatro

mente se podrán encontrar y tocar y sentir la proximidad como requisito del amor y no meramente del enamoramiento.

Los personajes con sus celulares y aparatos siguen hablando y hablando y caminando y circulando por el escenario. Mi cuerpo se da cuenta antes que yo: me estoy durmiendo. Mis piernas, mis brazos y mi humanidad recostada en ese cómodo asiento se sienten extraños y buscan acomodarse, cruzando las piernas, girando la cabeza en circular, acomodando el tronco al espacio que se le hace resistente.

Sí, me estoy durmiendo. Mis ojos se empiezan a cerrar; hago un esfuerzo por mantenerlos abiertos, pero el impulso es de difícil resistencia. Como consuelo recuerdo un artículo magnífico de un tal Faron o Faraone en la contratapa de *Brecha*. Lo leí en una fila de cajas de Tienda Inglesa, que fue tan larga que me permitió leer y disfrutarlo a pleno sin apremio y sin necesidad de comprar la revista. En el artículo, el autor reivindicaba el derecho al sueño en los cines. Me pareció una genialidad y de un cinismo que supera cualquier censor cultural. La instrucción era acatar el mandato interior del sueño.

Me estoy durmiendo sin oponer resistencia. El día y la hora -al final de una jornada laboral larga- pueden ser una explicación razonable, pero la obra es también responsable.

Tengo un rato de lucidez para entender que la incorporación del artículo de *Brecha* como insumo en mi reflexión es un comodín intelectual para poner a salvo mi culpa.

Y todas las veces que ingreso a la fase de sueño en un cine o teatro, tengo un tic que solo puede ser explicado desde la culpa: mirar a los costados para saber si es la obra o soy yo. Miro para la izquierda. La señora ya no tose; ahora duerme plácidamente.



Claudio Montoro

Me cuestiono con malicia si el caramelo salvador, alcanzado por su familia, no habrá sido un somnífero.

La obra es buena, bien actuada, los diálogos son naturales y revelan la personalidad de los protagonistas. Pero no son diálogos de pareja. Y la trama se me escapa entre los ojos que se cierran. Saber que mi vecina ha pasado de la tos al sueño sin escalas mitiga mi culpa, hasta que un aviso desde el corazón me sobresalta.

No sé cómo pasó, y ahora que lo escribo no tengo explicación y temo averiguar. En el bolsillo interior izquierdo del saco, sin mediar ningún movimiento deliberado, se prende mi celular. El que apagué en la propia sala. Un leve timbre me avisa. Recuerdo que las alarmas de los celulares se imponen sobre los celulares apagados.

Me pongo en pánico. Solo de pensar que los actores detengan la obra por mi exabrupto o que el personal del teatro me amoneste, prendiendo la luz de la sala para identificar al responsable, me aterra. *No puede ser -pienso-, no puede pasar.*

Extraigo el aparato del saco y efectivamente se activó, pero espera un código de funcionamiento. Mi cuerpo en esa duermevela de teatro habrá presionado alguna tecla sin querer y lo prendió. Un alivio pasajero me visita hasta que mi vecina, no la de la izquierda, que no puede hablar por estar durmiendo, sino la de la derecha, que ha demostrado en sus diálogos previos a la función su inserción en el ambiente teatral, es terminante:

-Por favor, apague ese aparato, estamos en un teatro.

Es lo que quiero hacer, pero el celular no reacciona. Me pide un código, pero yo sé que ponerlo será el principio del fin. Aparecerán los mensajes agazapados. Lo quiero apagar directamente con el botón del encendido, pero el celular huele el terror, no se apaga y contesta con un timbre de rebeldía.

-Señor, no sea maleducado, apáguelo -repite la señora de la derecha.

-No puedo -le contesto en un murmullo.

-No me importa, apague eso ya.

En un recurso desesperado, extendiendo mi brazo derecho y en la penumbra del teatro le pongo el celular a la altura del abdomen y le pregunto:

-¿Lo quiere apagar usted? Yo no puedo.

No me contesta. Nunca llego a ver su cara, pero consigo callarla. Recupero la paz que precisaba para volver a la obra, levanto la mirada y miro el escenario. No entiendo nada.

El personaje argentino está vestido de Bart Simpson sin la cabeza del disfraz, que sostiene con uno de sus brazos apretado a la cintura. El personaje habla con la voz inicial de la derrota agravada por las desgracias acumuladas en la obra.

Me siento derrotado. ¿Qué ha pasado en el escenario? ¿Qué ha pasado en la sala? ¿Qué ha pasado conmigo? Termina la obra. No sé qué pasó y no le puedo preguntar a ninguna de las dos mujeres desconocidas que me circundan. La gente se pone de pie y aplaude fervorosa. Los dos actores fantásticos entran y salen, entran y salen. Siguen los aplausos. No fui digno de la obra.

Tengo que salir rápido, antes de que los aullidos de admiración terminen y mi vecina me vea con buena luz y a cara descubierta, me reproche por mi celular y mi conducta.

Me paro para fugarme. El camino más corto es a la izquierda, sector al que miro, evitando ser reconocido por mi vecina de la derecha. Mi familia adoptiva, a mi izquierda, también se levanta, pero nadie se mueve. Quedamos detenidos. Siento a mis espaldas una voz perentoria.

-Señor, por favor.

Seguro me vienen a increpar por el celular prendido. Decido hacerme el distraído y no contesto.



Claudio Montoro

-Estoy apurada -me repiten.

La voz juvenil no coincide con la de la mujer mayor que me amonestó en la penumbra.

Me doy cuenta de que era todo una falsa alarma y que no me vienen a cobrar por mis actos. Respiro y señalo como responsable al señor mayor de campera gris, pelo blanco y lacio que ocupa el primer asiento de la fila, que no se mueve.

La joven le grita:

-Señor, por favor, muévase.

-¿Cuál es el apuro? -desafiante, seguro, replica el hombre.

-No puedo más, me estoy haciendo. Si no salgo ya, no llego al baño y me hago encima.



Ayer te vi

Cuando Juan la vio pagar el boleto, recibir el vuelto sin contar y levantar la mirada al horizonte limitado del fondo del ómnibus en busca de un asiento salvador, asumió que era la segunda vez que la veía, pero la primera vez que la reconocía.

Porque también ayer ella había subido al mismo ómnibus, el de las 7:20 hs. en la parada de Uruguayana; pero solo hoy reconocía su andar firme de una elegancia impropia de un 125 y acercarse por el pasillo con el mismo uniforme azul con ribetes rojos y su silueta de hembra madura y apetecible rumbo a dónde él estaba, sin saber si lo acompañaría en el asiento contiguo o tendría otra opción más atrás del ómnibus, para depositar su cansancio prematuro.

Y en un vértigo que no soporta explicaciones, fue descubriendo con cada paso de su figura que crecía, el logo de una empresa irreconocible en la solapa del saco que cubría su camisa blanca ajustado al cuerpo, sugiriendo un cuerpo deseable, su cabello suelto, dorado y cuidado, su



Claudio Montoro

falda al tono y los zapatos caros, con taco aguja que hacía desconfiar de esos tobillos finos de princesa para contener su andar elegante y ajeno en ese corredor dudoso.

Todo era nuevo en ese ómnibus que llevaba a Juan a la Ciudad Vieja, porque desde su divorcio y la separación de bienes y cuerpos, había dejado la pequeña burguesía del Cordón para instalarse en La Teja con sus muros proletarios pintados con reivindicaciones obreras y consignas políticas que no toleraban vacíos.

Y ella era tan nueva y tan distinta como el resto. Su mirada triste, su desgano y la resignación con dignidad se vislumbraban en esos ojos claros que se aproximaban.

Desde su disimulada indiferencia Juan la escuchó, con voz firme y segura, pedir permiso y sentarse a su lado.

El aroma del perfume a flores que él nunca podría identificar, no pidió permiso y lo invadió. Sin saberlo se sintió unido a esa mujer desconocida y extravagante.

Una emoción inexplicable lo arrebató al experimentar el contacto físico, mínimo, apenas el roce de sus brazos por breves segundos de quien descubría por segunda vez en dos días consecutivos.

Un reloj caro, sus dedos finos con anillos sobrios y distinguidos sin alianza matrimonial, era lo único que podía ver en esas manos ágiles que sacaban de una cartera de marca un celular también caro y desde una pantalla, un niño rubio de publicidad de fragancias de ropa, le sonría a quién lo quisiera mirar.

Ella lo reconciliaba con su nuevo barrio, con su nuevo ómnibus, con su estado de divorciado abandonado y triste.

No sabía que se había enamorado.



Mi madre

Mi madre me dice que no vuelva. No la entiendo. Quiero acercarme, pero algo me sujeta y me impide todo movimiento. Grito pidiendo ayuda, pero nadie me escucha, porque no hay nadie y porque ningún sonido sale de mi garganta.

Se acerca y me habla. No tiene rostro y me habla con palabras que no existen. La entiendo, pero no sé por qué me dice eso. Le pregunto cosas que me olvido en el instante que las digo. No me responde. Le exijo respuestas, pero ella me mira con una voz dulce que no es de ella. Estamos próximos, pero no la puedo tocar, aunque ya no me sienta maniatado y sentir su voz me da paz

Nos quedamos en silencio. Tengo ganas de preguntarle cómo es la muerte. Si existe Dios. Todo es en blanco y gris, y ahora también me doy cuenta que no tiene cuerpo. Me acuerdo de Papá, pero no tengo curiosidad de preguntarle por él. Estoy seguro que está bien. O que no existe. O no me importa si existe o si está bien.

Siento un remordimiento porque no hago nada. Me reencuentro con mi madre y no la abrazo, no le cuento de mi vida. Ella no sabe quién soy. Ella no es mi madre.

Me despierto en mi cama, en una habitación oscura dónde reconozco el tirante de madera del techo.



***Pablo Solari:** Nació en Montevideo el 6 de octubre de 1972. Integrante de Escritores Creativos Castillo Pittamiglio. Esta es su segunda incursión en una antología de cuentos.*

El amante

Pablo Solari

El teléfono sonaba insistentemente, era la madrugada del sábado y Walter despertó pensando que algo le habría ocurrido a su padre, en viaje desde el jueves.

Apenas atendió, su temor dio paso a la sorpresa al escuchar esa voz, inconfundible, hacía mucho que no sabía de ella.

-¿Laura?

-Necesito tu ayuda -dijo ella nerviosa y yendo directamente al grano.

-¿Qué pasó? -preguntó Walter

-Me mandé una macana y no sé qué hacer, ¡ayúdame por favor! -imploró ella.

-¿Qué hiciste?, tranquilízate y contame -dijo él tratando de calmarla e intrigado por saber.

-¡Está muerto! -gritó ella a la vez que estallaba en llanto.

Walter quedó mudó por unos instantes, pensando



que no quería tener nada que ver con algo así, pero sin poder negarle ayuda.

-¿Quién está muerto? -preguntó él

-Mi amante -contestó ella

-No toques nada, ya salgo para ahí, ¿estás segura que está muerto? -preguntó mientras iba vistiéndose para salir lo más rápido posible.

-Se golpeó fuerte en la cabeza y ya no respira, ¡claro que está muerto! -dijo ella en tono agresivo. Pero fue un accidente, no fue mi culpa -agregó

- ¿Por qué no llamaste a la policía? -preguntó Walter

-Sabes cómo soy, eso solo me traería más problemas, ¿vas a ayudarme o no? -dijo ella subiendo el tono de voz.

-Estoy saliendo para ahí -contestó él, quedate tranquila que te voy a ayudar -agregó.

Cuando llegó, se encontró con el cuerpo del hombre ya envuelto en bolsas de basura y atado con piolas, solo quedaban fuera, sus pies, llevaba puestos unos zapatos de cuero, marrones, finos.

Ella seguía siendo tan atractiva como la recordaba, estaba muy nerviosa.

-¿Por qué lo envolviste así?, te dije que esperaras a que llegara -le dijo él.

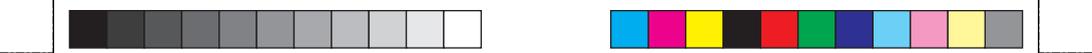
-Es que estaba sangrando bastante y...-no alcanzó a terminar la frase cuando se largó en un llanto abrazándolo para que la consolara.

Cuando pudo tranquilizarla, procedieron a subir el cuerpo al auto de Walter, cuidando de no ser vistos por algún vecino despierto.

Decidieron llevarlo fuera de la ciudad, donde comenzaba una zona desértica, poco visitada y de difícil acceso.

Buscaron el lugar más alejado posible, estacionando frente a un precipicio.

-No hay tiempo para enterrarlo, pronto amanecerá



Pablo Solari

-dijo él.

Trasladaron el cuerpo hasta el borde y lo lanzaron desde ahí.

-Esperemos que no lo encuentren pronto y que la naturaleza se encargue de hacerlo desaparecer -comentó Walter. Quiero que permanezcas en tu casa esta semana, no hagas nada fuera de lo habitual, solo contestá mis llamadas, veremos qué hacer si lo encuentran -le dijo a ella mientras manejaba de regreso.

La siguiente semana, Walter intentó cómo pudo seguir una vida normal, hacía tres días que no podía comunicarse con Laura y se estaba empezando a preocupar.

Estaba pronto para partir hacia su trabajo, cuando sintió que golpeaban la puerta.

Al abrir, se topó con dos oficiales de policía.

-¿Es usted Walter Acosta? -preguntó uno de ellos.

-Sí, soy yo, ¿pasó algo? -preguntó Walter, intentando disimular sus nervios.

-Acompáñenos -dijo el mismo oficial.

-¿Pero puedo saber por qué?, ¿que pasó? -preguntó Walter perdiendo un poco la calma.

-No podemos informarle, tiene que acompañarnos y ahí le dirán -dijo el oficial mientras lo tomaba de un brazo para dirigirlo al patrullero.

Llegaron a la comisaría y sin perder tiempo lo dejaron sentado en una sala pequeña, con una mesa y rodeada de vidrios.

-Espere aquí -dijeron y cerraron de un golpe la puerta.

Walter sabía dónde estaba, lo iban a interrogar, seguramente habían encontrado el cuerpo -pensó- pero no lograba descifrar como dieron con él.

La puerta se abrió e ingresó el comisario, traía un sobre en sus manos, del cual extrajo varias fotografías y las



dejó caer en la mesa frente a Walter.

-¿Lo reconoce? -preguntó el comisario mientras se sentaba frente a él.

Walter reconoció entre las fotos, esos zapatos de cuero, los mismos que tenía el cuerpo que habían arrojado, solo que esta vez, ya no estaba envuelto en bolsas y pudo ver en su totalidad el cadáver.

Quedó mudo por unos instantes, aterrado por las imágenes, pero dispuesto a colaborar con la policía contando lo que había ocurrido.

El comisario tomó nota de su confesión y lo derivó a una celda para que pasara la noche.

Al despertar, se dio cuenta que ya no estaba en la celda, se encontraba en una habitación cerrada, con paredes acolchonadas de color blanco y una puerta metálica con una pequeña ventana enrejada.

-¿Dónde estoy? -se preguntaba, cuando vio asomarse a alguien por la ventana de la puerta, era el comisario. ¿Dónde estoy?, ¡déjenme salir, yo no lo maté!, ¡ya les dije que fue ella! -gritaba y golpeaba violentamente la puerta, sin saber que la habitación estaba aislada y no se escuchaban los sonidos desde afuera.

El comisario se quedó mirándolo por un rato, hasta que llegaron los enfermeros.

-Vamos a sedarlo -dijeron.

¿Es cierto que asesinó a su padre y lo tiró en el desierto? -preguntaron al comisario.

-Sí, lo vieron varios vecinos cuando sacaba el cuerpo de su casa.



Jugado

Dejé el auto en el lugar de siempre. Estaba nervioso, más que otras veces, hoy no podía fallar.

Crucé la calle y comencé a recorrer las dos cuadras que me separaban de mi destino. Puse el celular en silencio, no quería que nadie me molestara.

Iba a mitad de camino, cuando un trueno me sobresaltó, seguido de un gran relámpago, una señal, pensé.

Aun así, decidí ignorarla y proseguir mi marcha.

Todavía perturbado por el estruendo, no vi doblar un auto en la esquina que me esquivó de milagro. Otra señal pensé, esto no va bien -me dije.

Sabía que debía desistir e irme a mi casa, pero la adrenalina que ya corría por mi cuerpo, hacia inútil cualquier intento de razonamiento lógico.

Hoy voy a ganar, me repetía una y otra vez, intentando convencerme de lo imposible.



Jugado

Había retirado todo mi sueldo del cajero, tenía un par de horas antes de que mi esposa sospechara y comenzara a llamarme.

Llegué, me dirigí a las cajas y cambié todo lo que traía por fichas.

Fui hacia las mesas y conseguí un color para jugar, tenía una estrategia, siempre funcionaba y llegaba a ganar, pero nunca podía retirarme a tiempo y terminaba perdiendo lo ganado y todo lo demás. Esta vez sí lo lograría, no había margen para el fracaso, ya no habría más oportunidades.

Todo comenzó bien esa tarde, mi plan estaba funcionando, sabía que era cuestión de tiempo para que el croupier descifrara mi juego.

Había ganado bastante, me intentaba convencer de que ya era suficiente, que era hora de retirarse, pero el impulso me llevaba a jugar una bola más.

De repente me vi enroscado en una sucesión de apuestas, cada vez más elevadas, que hicieron reducir en pocas jugadas, toda mi ganancia a cero y comencé a perder parte del dinero que había traído.

Sudaba mucho, me temblaban las manos, depositaba toda mi fe en cada jugada, esperando que esa bola fuera la que me permitiera recuperar todo lo perdido y pasar al frente con ganancias.

Pasaron varias apuestas y cada vez el final estaba más cerca, hasta que me tuve que jugar con todo lo que quedaba, era esa bola, todo o nada, si salía mi número, no sólo recuperarían todo lo perdido, sino que incluso me llevaría una buena ganancia, si no salía, si no salía mejor ni pensarlo.

El croupier puso a girar la rueda, seguí la bola todo el trayecto, cuando comenzó a detenerse, la vi acercándose lentamente hacia mi salvación, estaba seguro que pararía ahí, no quise ver más, Cerré mis ojos y giré la cabeza para el lado opuesto, los segundos parecían horas.



Pablo solari

-¡No va más! -dijo y agregó:

¡Cero! -se escuchó fuerte y claro.

Permanecí inmóvil varios minutos, pegado a la mesa, muchas preguntas recorrieron mi mente en esos momentos, sabía las respuestas, y también que ya no habría más oportunidades.

Miré al croupier intentando buscar un culpable, aunque en el fondo ya lo tenía y debía ser castigado.

Me fui caminando despacio, bajé las escaleras y me dirigí hacia mi auto.

Estuve un rato, sentado, mirando fijamente al volante, sin ver nada.

Muchas cosas pasaron por mi cabeza en esos momentos, recordé las señales que había ignorado, ya era tarde para arrepentimientos.

Finalmente estiré mi mano derecha hacia la guantera, la abrí y saqué el revólver que había comprado hacía una semana, con la excusa de tener con que defendernos de la delincuencia.

Me aseguré que estuviera cargado y volví a entrar.



Espectros

La fogata ardía con llamas lentas y constantes, y en su núcleo incandescente danzaban espectros, o eso creía ver Marcelo, que ya no podía distinguir la realidad de las alucinaciones, debido a lo aterrorizado que se encontraba. No se explicaba cómo había llegado a esta situación e imploraba a un Dios en el que nunca creyó, que le permitiese sobrevivir hasta el amanecer.

Todo comenzó veinticuatro horas antes. Aquel día se juntaron los cinco, para iniciar sus tan ansiadas vacaciones.

En la madrugada del sábado partirían desde la casa de José, tenían todo lo necesario para sobrevivir la semana que permanecerían acampando.

Se conocían desde la escuela, no era su primer viaje juntos, Agustina, la más chica, nunca había acampado y estaba ansiosa por iniciar el viaje.

El padre de Luis, se había ofrecido a trasladarlos en su camión al sitio elegido, dado que era un punto bastante alejado e inaccesible para llegar con tanto cargamento.



Pablo Solari

Llegó puntual, a las 4 a.m., cargaron todo y diez minutos más tarde emprendían el viaje.

Luis y su novia Romina se sentaron adelante, Marcelo, José y Agustina iban detrás.

El viaje transcurrió alegremente, entre cantos y bromas, recordando algunas, especialmente las de Marcelo, el bromista del grupo.

Sobre las 9 a.m. arribaron al lugar.

El camión se detuvo al borde de un frondoso bosque.

-Hasta aquí llegamos -dijo el veterano- Ahora tendrán que continuar a pie -agregó.

Luego de verificar que tenían todo lo necesario, se despidió y confirmó la fecha en que volvería a buscarlos, porque a partir de ese momento quedarían incomunicados por una semana.

José era el encargado de los mapas y enseguida se dispuso a ver por donde debían ir.

Cargaron sus mochilas y comenzaron la caminata.

-El lugar, por lo que me dijeron es hermoso y desolado -comentó en voz alta.

-¿Tardaremos mucho en llegar? -preguntó Agustina, la más impaciente.

-Una hora más o menos -contestó José, mientras se abría paso con su machete entre la densa vegetación.

Cerca de las 10 a.m. empezaron a divisar un claro en el bosque y delante un gran lago.

-Ahí esta -dijo-, llegamos.

El calor a esa hora de la mañana era ya agobiante, lo primero que querían era darse un chapuzón en el lago.

Se desprendieron rápidamente del cargamento y las provisiones y se cambiaron para meterse al agua.

Marcelo fue el único que no entró, quedó eligiendo el mejor lugar para levantar el campamento.



Ya refrescados y cerca del mediodía, se dispusieron a armar una fogata para poder cocinar el almuerzo.

Marcelo había adelantado bastante, levantando las dos carpas con las que contaban y haciendo la zanja alrededor de las mismas.

Luego del almuerzo, cansados por el viaje, José, Marcelo y Agustina se dispusieron a tomar una siesta, mientras Luis y Romina salían a explorar el terreno.

Eran las 5 p.m. cuando Marcelo abrió los ojos, despertado por Agustina.

-No te asustes, Luis y Romina no han vuelto aún, vamos a salir a buscarlos con José, porque probablemente se hayan perdido, tu quédate aquí y si quieres ve preparando algo para merendar que seguro volvemos en un rato -le dijo Agustina-, a lo que Marcelo asintió con su cabeza, mientras terminaba de despertarse.

Al rato se levantó y recogió agua de un pequeño y cristalino arroyo que desembocaba en el lago que era lo suficientemente pura como para consumirla sin problemas y se dispuso a preparar café, ya estaba bajando el sol y pronto refrescaría.

Estaba a punto de hervir el agua, cuando se sobresaltó al escuchar los gritos de Agustina

-¡Están muertos, están muertos! -gritaba, mientras corría velozmente hacia el campamento.

Detrás de ella venía, pálido y aterrorizado, José

-¿Quiénes están muertos?

-Luis y Romina -dijo ella en medio de una crisis nerviosa

-¿Qué? -volvió a preguntar Marcelo

-Los encontramos despedazados en medio del bosque -agregó José-, mientras recuperaba el aliento.

-Nunca nos dijiste que había osos por aquí, ¿por qué no nos advertiste? -le gritó Agustina a José.



Pablo Solari

-¡Es que no hay osos aquí! -le respondió intentando mantener la calma.

-¿Y entonces como explicas esas heridas? -dijo Agustina visiblemente asustada.

-No lo sé, nunca había visto algo así, sea lo que sea, es grande y peligroso -agregó-. ¿Que vamos a hacer ahora? -preguntó Agustina, mientras rompía en llanto.

Marcelo contemplaba impávido lo que estaba sucediendo delante suyo, todavía no había podido digerir la muerte de sus amigos y no atinaba a reaccionar de forma alguna.

-Deberemos quedarnos aquí hasta que nos vengan a buscar, es muy peligroso atravesar ese bosque sin saber qué es lo que hay en él -sentenció José.

Ya está por ocultarse el sol, observó Marcelo.

-Hagamos una gran fogata, que mantenga ahuyentado a lo que sea que está ahí -dijo José.

-¿Vieron eso? -preguntó Agustina, visiblemente aterrizada y señalando hacia el bosque.

-¿Qué cosa?, ¿Que viste? -preguntó Marcelo nervioso.

-Vi una sombra y unos ojos que nos miraban, ¡Justo ahí! -dijo Agustina señalando unos pinos que se encontraban detrás de Marcelo, al fondo del campamento.

-¿Estás segura?

-Sí, y no era ningún animal -dijo Agustina muerta de miedo.

-Tendremos que hacer guardias, ya se está ocultando el sol y no tenemos forma de salir de aquí esta noche -dijo José, tratando de mantener la calma-. Yo haré la primera, vos y Agustina, intenten dormir, vigilaré y no permitiré que nadie nos ataque, enciérrense cada uno en una carpa y yo en tres horas te despierto para que me releves -esto último dirigiéndose a Marcelo.

Todavía sin salir de su asombro, Marcelo asintió y



entró a la carpa, Agustina hizo lo propio en la otra.

A pesar del miedo, el cansancio pudo más y en pocos minutos, Marcelo cayó en un profundo sueño.

Despertó sobresaltado por lo que parecía un grito, miró el reloj, eran las 2:30 a.m., José debía haberlo despertado dos horas antes, el pánico se apoderó de él, comenzó tímidamente a llamarlo sin obtener respuesta alguna.

Asomó su cabeza por la puerta, vio que la fogata seguía encendida, pero de José, ni rastro, solo quedaba el machete clavado junto al fuego.

Entonces recordó a Agustina, tomó el machete y se asomó por la carpa de ella y no había nadie, estaba toda rasgada y mojada, parecía sangre, pero estaba muy oscuro.

-¿Que voy a hacer ahora? -se preguntó.

-Lo que sea que esté haciendo esto va a volver por mí y faltan más de tres horas para que amanezca -pensó ya entrando en la desesperación.

Agregó más leña al fuego y se dispuso a resistir hasta la salida del sol.

Pronto comenzó a sugestionarse con cada ruido, cada sombra que veía más allá del campamento, entrando en un estado de pánico total.

Mirando fijamente el fuego, no se explicaba cómo había llegado a esta situación e imploraba a un Dios en el que nunca creyó, que le permitiese sobrevivir hasta el amanecer. De repente sintió que lo observaban, no quería mirar, estaba a punto de colapsar, cuando levantó la vista, vio junto a un árbol una figura, encapuchada de la que sólo le podía distinguir los ojos, quedó paralizado.

-Es lo que vio Agustina -pensó.

Y mientras intentaba armarse de valor, vio otra al otro extremo y luego dos más.

Lentamente comenzaron a acercarse hacia él, que ya



Pablo Solari

no podía controlar sus nervios.

Cuando estaban cerca de las carpas, en un impulso desesperado y recordando cómo habían muerto sus amigos, tomó el machete con sorprendente velocidad y sacando sus últimas fuerzas, se atravesó el pecho, muriendo casi al instante.

Las sombras quedaron paralizadas, bajaron sus capuchas en silencio, contemplándose entre sí y al cuerpo ya sin vida de Marcelo.

Luis, José, Agustina y Romina, sabían que esta vez, la broma había llegado demasiado lejos.



Eva

Me había instalado cómodamente en el sofá, dispuesto a retomar la lectura del libro.

No había terminado de apoyar mis pies en una banqueta para estar más cómodo, cuando los gritos de Eva comenzaron a bajar las escaleras, cada vez más fuertes.

¡Otra pesadilla! -pensé-, tomé el candelabro y me dirigí calmado, pero con prisa, hacia su habitación.

Al verme llegar, sus gritos cesaron, apoyé el candelabro en la mesa de luz, y ahí pude contemplarla, como cada noche, con sus ojitos café irritados por el llanto y la mirada inocente y aterrorizada por el sueño que la había despertado. Estaba sentada en su camita, más tranquila al verme.

-Tuve una pesadilla - dije con voz temblorosa.

-Lo sé mi pequeña, no te preocupes, papi está aquí y no permitirá que te vuelva a pasar.

Lentamente fue recuperando la calma, logré que se acostara y la contemplé en silencio hasta que finalmente volvió a dormirse. Quedé sentado junto a ella para asegurarme de que no volviera a pasar.



Pablo Solari

-¿Otra vez aquí? -dijo mi esposa que había entrado en silencio y se encontraba parada a mis espaldas. No me sorprendió su presencia, la estaba esperando.

-¿Cuándo lo vas a asumir? -me increpó levantando la voz, mientras giraba para verla. ¡Déjala partir!, ya hace cinco años del accidente, nada nos la podrá devolver -continuó intentando hacerme entrar en razón.

Lamentaba que ella no pudiese verla de la forma en que yo lo hacía, pensé que ese era el castigo que le habían impuesto por no haber podido afrontarlo y tomar aquel frasco de veneno tan solo dos días después de enterrar a nuestra pequeña.

-Perdón -le dije- no volverá a pasar, tienes razón -agregué-, pensando que su castigo era peor que el mío, ya que yo al menos podía ver a Eva, aunque fuese solo un momento.

Le pedí que volviese a acostarse, que la acompañaría en un rato y la vi retirarse lentamente, como cada noche.

Tomé el candelabro y me dirigí abajo, bajé con cuidado, ya que las ventanas tapiadas no permitían que entrara luz.

Volví a sentarme en mi sofá, tomé el libro y me concentré en la lectura, hasta que Eva tuviese una nueva pesadilla.



Verano de 92

Aquel sábado amaneció soleado, como casi todo el verano, para Ana no era un día más, las vacaciones llegaban a su fin, el lunes debía volver a sus obligaciones y era preciso partir.

No había de que arrepentirse, exprimió al máximo el poco dinero disponible y para la vuelta tenía planeado hacer dedo, por eso partía un día antes, no quería arriesgarse a no llegar a tiempo.

Sabía que sus amigos le habrían prestado plata, pero prefirió la aventura y no lo pensó dos veces.

Sobre las 8 a.m., se despidió, cargó su mochila y partió rumbo a la ruta.

Vestía un short de jean, remera blanca, sombrero y championes.

No dudaba que alguien pararía y la llevaría.

Después de algún intento fallido, finalmente un camión detuvo su marcha para levantarla.



Pablo Solari

Dudó un poco, pero la inconsciencia de su edad hizo que se animara a subir.

Dentro solo iba el chófer, un tipo de aspecto rudo y no muy agradable a la vista.

-¿Para dónde vas? -preguntó él, con un brillo raro en sus ojos.

-Montevideo -respondió Ana, un poco intimidada y ya empezando a arrepentirse de haber subido.

-Hasta Maldonado te puedo Arrimar -agregó él.

-Bueno, gracias -contestó Ana, pensando que por suerte sería solo un tramo corto lo que tendría que viajar con él.

Igual no le inspiraba mucha confianza ese hombre, acomodó la mochila a su derecha, por si necesitaba bajarse rápido, tenía un mal presentimiento.

El hombre no hablaba mucho y Ana tampoco tenía interés en entablar conversación con él.

Se conectó los auriculares para distraerse mientras llegaban a destino.

Estaba absorta con la música, cuando sintió que la mano del hombre rozó su pierna, lo que la hizo sobresaltar.

-Perdón -dijo él, secamente.

Lo miró, y asintió con la cabeza, mientras se arrinconaba cerca de la puerta.

Cuando faltaban pocos kilómetros, repentinamente, el hombre dobló a la derecha para agarrar por un camino secundario de balastro y esto aterrorizó a Ana, que ya empezó a imaginarse lo peor.

-Tengo que hacer una pequeña parada antes, pero después retomamos la ruta -dijo él, sin perder la seriedad-, pero Ana estaba a punto de estallar de los nervios.

Trató de mantener la calma y pensar qué hacer para salir de esa situación.



Finalmente, el camión se detuvo, él puso el freno de mano y la miró, esta vez con una sonrisa siniestra en su rostro.

Ana tenía su mano aferrada a la mochila y sin pensarlo, sacó en ese instante el gas pimienta que por suerte siempre llevaba consigo y sin mediar palabra, se lo esparció por todo el rostro.

-¿Qué es esto?, ¿qué me echaste? -gritaba él-, mientras se restregaba los ojos por el dolor.

Sin perder tiempo, Ana se bajó del camión y salió de vuelta por el camino hacia la ruta, lo más rápido que le daban sus fuerzas.

Estaba en medio de la nada y el miedo se había apoderado de ella, si se recuperaba, vendría a buscarla.

Ya luego de un rato, caminaba como podía, con la poca fuerza que le quedaba, cuando increíblemente, vio venir un coche por ese camino solitario y rumbo a la ruta.

Le hizo señas desesperada para que parara.

El auto se detuvo, ella se asomó por la ventanilla del acompañante y divisó al chófer, un tipo joven, de lentes y aspecto muy prolijo y agradable, y se sintió aliviada.

-¿Me podrás llevar? -dijo Ana, mientras subía sin esperar la respuesta. Un tipo intentó atacarme y logré escapar -agregó muy nerviosa ya a esta altura.

-No te preocupes, estás a salvo -dijo él, salgamos de aquí y después me cuentas lo que pasó.

Ana, mientras recuperaba el aliento, se dio cuenta que no se había presentado:

-A propósito, mi nombre es Ana, perdón es que estoy muy nerviosa -dijo ella.

-No te preocupes, tranquilízate, que hay tiempo -dijo él-. Un gusto Ana, yo soy Pablo, Pablo Goncalvez.



Tarde

Esa noche, era la noche.

Ella lo citó a última hora a su trabajo, ya tenía todo planeado y Pedro no lo sabía.

Llegó tarde, como acostumbraba, su incómoda impuntualidad y el largo camino hacia su encuentro, fueron sus vanas excusas.

Lo esperaba con esa sonrisa única y encantadora y a él, el mundo se le detenía en esos momentos.

Ese día era su cumple, ella le dio un regalo, que Pedro agradeció con un cálido abrazo.

Estaba maravillado con solo verla, su belleza lo enmudecía.

Ni bien llegó, con la excusa de unos trámites, le pidió que la acompañara a un par de cuadras de ahí.

En el camino, no podía quitar sus ojos de ella, ni de pensar todo lo que aún no se animaba a decirle pero que



Tarde

sentía cada vez con más intensidad.

Volvieron, estaban solos y pudieron conversar relajadamente.

Pedro sabía que ella notaba el amor en su constante mirada, contemplándola hipnotizado.

El tiempo desapareció mágicamente, como ocurre cuando se está en el lugar correcto.

Llegó la hora de cerrar.

Él pensó que el día terminaría ahí, pero ella tenía algo más preparado, sabía dónde vivía Pedro, por eso, bajo una tonta excusa, le ofreció acompañarlo ya que debía ir para el mismo lado, Pedro se alegró con esa inesperada "casualidad".

Se sentó a su lado, quería abrazarla, y se contuvo, todo su alrededor desapareció por completo.

Disfrutó cada instante de ese viaje, que se le hacía demasiado rápido y no quería que terminara jamás.

Llegó el momento de bajarse, y no quería.

Ella lo sabía, y cuando vio que dejó pasar un par de paradas y ya no veía cómo hacer para seguir con ella, le dijo que podía acompañarla si quería.

Claro -respondió Pedro-, si no tenés problema, te acompaño -agregó con su mejor sonrisa, fascinado con la invitación.

Llegaron al lugar, y mientras esperaban, él se animó a susurrarle al oído, lo increíble que era y que nunca antes le habían gustado las rubias, ella respondió con su encantadora sonrisa, quedando claro que su tonto halago llegó a destino y Pedro alucinó.

Hecha la compra, volvieron a la parada, él tuvo que contener las ganas de besarla y abrazarla sin imaginar que ella también lo deseaba.

Al subir, ella fue directo al último asiento, él se sentó a su lado, conteniendo otra vez, las ganas de abrazarla, pero



Pablo Solari

sin poder sacar sus ojos de ella.

Ella le hablaba, él la oía, pero no la escuchaba, alucinaba tratando de conservar cada detalle en sus retinas.

El viaje se hizo muy breve, Pedro tenía que bajarse, dudó, sabía que debía quedarse, pero por esas incoherencias de la vida, se despidió y bajó.

La miró por última vez, desde la acera, aún hipnotizado por lo que había ocurrido.

No fue hasta mucho rato después que, al despertar, de lo que creyó fue un sueño, se dio cuenta lo que había pasado realmente.

Eso no había sido un beso de amigos, fue un beso de amor.

Pasados los minutos, fue reviviendo esa sensación de esos labios sobre los suyos y supo que ese había sido el mejor regalo que le hubiesen hecho jamás.

Ese ómnibus, no solo partió con ella, se llevó al amor de su vida, porque una vez más, Pedro no supo llegar puntual a su encuentro.



Sofía Cabrera Pagliari: *Nació en Montevideo el 30 de Setiembre de 1988. Encuentra en la escritura, así como en la danza, otra forma de crear ondas de expresión. Disfruta fugándose de lo estático, de lo incuestionable, dando visibilidad a lo diverso.*

No es lo que parece

Sofía C. Pagliari

Te respiraba en el oído dejando en evidencia el ritmo acelerado por mi excitación, mi boca se apoyaba sobre tu oreja mientras te mantenía inmóvil de espaldas a mí contra la pared. Mis manos se deslizaban por debajo de tu ropa y mi mirada no se apartaba de la pequeña abertura de la puerta de la cocina donde estábamos.

-No, no hagas esto por favor, no lo hagas, acá no. -Me decías en un miserable intento por persuadirme, sabiendo que no eras lo suficientemente fuerte para detenerme. Consciente de que cada gota del océano de ilegalidad que nos rodeaba nos consumía y nos hundía ahogándonos en las profundidades más oscuras.

Una de mis manos alcanzó un pezón debajo de tu corpiño y lo pellizó, mi lengua recorría tu clavícula y subía por tu cuello. La mano en tu pecho sentía los latidos dispararse y mi erección cada vez más rígida encontraba un lugar privilegiado apoyada con firmeza entre tus nalgas.

-Sabes que te lo puedo hacer acá mismo. -susurraba a



Sofía C. Pagliari

tu oído-. Solo tengo que levantar apenas esta falda. -Te decía tocándola y levantándola para introducir rápidamente mi mano dentro de tu ropa interior y deslizar toda la palma por debajo, frotándote de la forma en que más te gustaba.

-Por favor basta, no puedo control.. . -Y un gemido reprimido te dejó sin habla cuando me sentiste dentro. Recuerdo como me arañabas con la fuerza suficiente para dejar marcas en mi piel por debajo de mi camisa.

Me lo merecía, merecía ese daño y mucho más por desearte tan violentamente, por haber dado el primer paso hacia este asquerosamente excitante abismo. El olor de tu piel, el sonido acelerado de tu respiración, el calor de tu interior, todo me descontrolaba y sumía en un infierno que ya se iba quedando totalmente fuera de control. En cualquier instante podía regresar tu esposo y encontrarte en la cocina con su propio hermano.

Pero ya no me importaba nada, enceguecido hasta los huesos por tus demonios tan parecidos a los míos te investía con fiereza una y otra vez apoyado sobre tu espalda, que ahora se reclinaba sobre la mesada de mármol. Tus caderas comenzaron la venganza más dulce moviéndose en círculos bien marcados, golpeando tus redondos y firmes glúteos contra mi vientre sin parar. Tomaste el control del ritmo, haciéndome incorporar para poder disfrutar de la hermosa vista que me regalabas, dejándome casi sin poder respirar.

La adrenalina en su punto más alto hizo estallar una puntada en mi pecho cuando escuché el auto estacionar en el garaje.

Ya era tarde, y el hecho de pensar que, aunque nos detuviésemos en ese instante, no había forma ya de poder esconder el rubor, el sudor y los nervios, me hizo venir en un orgasmo tan brusco e intenso que mi alma abandonó este indecente cuerpo, hasta sentir el sonido de la puerta de entrada como una cachetada de derecho y de revés.



No es lo que parece

Recuerdo abrir los ojos, completamente aturdido y verte, aún reclinada en la mesada con la mejilla apretada contra el mármol por la presión que ejercía una de mis manos sobre tu cara.

Tu mirada de terror me arrancó del infierno y al girar rápidamente mi cabeza hacia la descuidada puerta de la cocina, vi a mi hermano parado, inmóvil, con la boca abierta exactamente igual a la mía que, para entonces, babeaba agridulces gotas de saliva sobre tus prominentes nalgas justo frente a sus ojos.



Subsuelos paralelos

Me encontré con unos grandes ojos en el labrado espejo de pie. Parada. Completamente desnuda. Excitada. Mi mente no lograba desacelerarse ni darme un respiro.

Me miré. Observé como las pronunciadas curvas comenzaron a vestirse con la lencería más provocativa. Vi como mi piel blanca se oscurecía con un par de medias en red negras que subían hasta mis muslos, uniéndolos descaradamente a mis caderas con un porta ligas de encaje del mismo color. Una torcida sonrisa destelló en mi boca anticipando el pecado más oscuro. La manzana más deliciosa y envenenada que mataría por morder. Esa que en cuestión de horas estaría metiendo en mi boca hasta ya no poder articular un solo mordisco más.

Mis pensamientos estallaban, la ansiedad me recorría y me sentí mojada; otra vez, quise tocarme, pero preferí esperar. Aunque me torturara el calor debajo de mi diminuta ropa interior, preferí esperar. Quería guardarme para ella. La necesidad me dolía en cada centímetro del cuerpo.

La necesitaba más que a nada en este podrido mundo, quería perderme completa e irrevocablemente en su ser. Suspiré. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron todo se vino barranca abajo, arrastrándonos en una violenta adicción. Una ilegal y profundamente oscura adicción.

-Mi amor, por fin después de tantos años tengo el inmenso placer de presentarte a mi adorada hermanita -dijo con forzada alegría mi insulso y distante esposo mientras me agarraba la mano y la colocaba encima de la delicada palma de una exótica joven de ojos negros, rasgos indígenas y una brillante piel color caramelo que me traspasó el alma con su mirada.

La incansable viajera que llevaba para entonces ocho años en el exterior estaba de regreso en casa. Renegaba de las redes sociales en su vida despojada de lujos y tecnología por la selva de Perú, por lo que en los seis años que llevaba infelizmente casada con su hermano no había podido conocerla más que por viejas fotos y cartas que enviaba muy esporádicamente.

Cuando nos presentaron sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo, erizando cada poro de mi piel. La incomodidad fue mutua y duró todo lo que tardamos en perdernos del resto de la multitud en la despampanante celebración de las bodas de plata de mis suegros.

-Tenía mucha curiosidad por conocerte -me dijo cuando nos encontramos solas en el enorme balcón con vista al mar, ubicado en el tercer piso de la refinada mansión que habían alquilado para la ceremonia. Continuó: -Miraba las fotos que, por fingida cortesía, enviaba mi hermano de ustedes y leía con atención su descripción de mi nueva cuñada. Una hermosa, dulce y reconocida artista que pintaba a beneficio de los necesitados y marchaba asiduamente por los derechos de las mujeres. Mientras mi hermano nunca supo hacer más que abusar de su poder en el trabajo heredado de papi y moviendo las fichas a su antojo, sin



Sofía C. Pagliari

importarle a quien se llevaba puesto en el camino. Siempre me pregunté cómo fue que acabaron juntos.

No pareces el tipo de mujer que se acomoda al lado de un bloque de piedra frío y calculador solo por la interesante cantidad de dígitos en su cuenta bancaria.

La muy descarada me leía como un libro abierto, como si me hubiesen escrito a pluma para ella. Y por último agregó.

–Tengo que confesar que te busqué en internet, lo que transmitís en tus pinturas es de una sensibilidad y exquisitez casi dolorosas.

Se prendió un cigarrillo de marihuana, le dio unas cuatro o cinco pitadas y me lo pasó. La verdad es que era irresistible, desde su boca naturalmente delineada en curvas perfectas hasta ese ingenioso intelecto que me enloqueció desde el primer instante. Rozando con delicadeza su mano acepté el cigarrillo sabiendo que implícitamente estaba aceptando mucho, por lejos mucho más que eso.

No se si fue el humo o su hipnótica manera de mirarme lo que me transportó a una dimensión donde las reglas se desdibujaban y solo los impulsos más puros e instintivos prevalecían.

Ya vestida miré la hora, en menos de quince minutos tenía que estar tomando la ruta hacia Punta del Este si es que quería llegar en hora a la casa de playa de mis suegros, para la extravagante fiesta del cumpleaños número dieciocho del más joven de mis cuñados.

Mi ausente marido se encontraba desde hacía unos días en el balneario a causa de algunos eventos de beneficencia que camuflaban aburridas reuniones laborales con directivos extranjeros, que definitivamente decidí evitar y acordamos encontrarnos directamente en la fiesta.

Hasta la prensa estaría allí, cerca de seiscientos invitados de los círculos más exclusivos del país presumirían de otro de los eventos destacados del año a manos de los Rocca

Constantini, una de las familias más poderosas y adineradas de la industria.

Menuda cantidad de público para el lugar dónde dos retorcidas amantes planeaban ejecutar su furtivo y pecaminoso encuentro. No era que no lo hayamos hecho antes, aunque sin premeditación, fue el enardecido deseo mezclado con adrenalina lo que nos llevó a devorarnos en aquel baño, de estilo romano y pálidos colores, que tanto contrastaban con la agresividad encendida de nuestros movimientos ese mismo día en que nos conocimos. Allí confirmamos cuan poco suelen percibir nuestra ausencia el resto de los integrantes de la familia, tan abocados ellos en dar su mejor imagen frente a las cámaras y espectadores.

El viaje se hizo fugaz ante tanta expectativa. Los perversos planes para cazar a mi deliciosa presa en el instante perfecto y en el lugar más adecuado cruzaron uno tras otro en mi mente. Mientras se ponía el sol, estacioné el auto en el inmenso parque a la orilla de la laguna, decorado con arreglos florales, telas blancas y velones en tonos pasteles. Inhalé profundamente intentando bajar mis pulsaciones. Todo saldría bien. Todo saldría perfectamente bien. Junté coraje y soltando lentamente el aire pensé en voz alta “que empiece la función”. Salí del auto con la esperanza de cruzar el largo corredor que llevaba al salón principal sin toparme con nadie que quisiera hostigarme con conversaciones superficiales y fingido interés.

Logré escaparme por poco de las octogenarias tías de mi esposo simulando una conversación por celular cuando de repente alguien me tomó de la mano con entusiasmo haciéndome dar un giro en el lugar y dejándome caer entre sus brazos.

-Miren si no está despampanante mi dulce esposa, hola cariño -Dijo el señor Rocca Constantini- asegurándose de que el entorno lo oyera y luego me besó en los labios. Siempre tan romántico ante los expectantes ojos del público. Entramos juntos al gran salón donde la multitud com-



Sofía C. Pagliari

petía por protagonismo ante las cámaras y el cotilleo era disimulado con rígidas sonrisas de piedra.

¿Dónde estás asesina de rutinas y protocolo? Vení a rescatarme o voy a morir del hastío al minuto de poner un pie en este baile de máscaras sin antifaces.

Tomé conciencia de la nula paciencia que tenía para sostener este circo barato, así que sin pensar mucho en modales ni procurar ser cuidadosa en mí accionar, me propuse ir al grano, sin vueltas.

-¿Dónde pusieron la barra de tragos en esta ocasión? -le pregunté a mi esposo.

-¡Hoy sí que no esperaste ni a saludar mi amor, un nuevo record! La barra está sobre la pérgola al costado de la piscina.

-Gracias, en un rato te busco por donde estén las cámaras. Me reí sin intentar disimular el sarcasmo y salí casi corriendo en mi desesperada búsqueda por un poco de aire fresco y sentimientos reales.

¡Ay Dios! Si pudiera hacerles sentir al menos una centésima parte de lo que ella me generaba, del brusco impacto en mi cuerpo al verla o con tan solo escucharla. Estaba sentada en la barra con un vaso de whisky en una mano y la mirada perdida en el cielo. Sí. Sabía dónde encontrarla. Tenía puesto un traje negro, la chaqueta entallada y desabrochada con cuello y puños blancos que dejaban ver una camisa en el mismo tono, pero un tanto transparente, fracasando en el intento de ocultar un corpiño negro. Verla hacía que todo tuviera sentido, que todo valiera la pena. Me acercé sin que lo notara y sorprendiéndola por su espalda la tomé fuerte del brazo y con mi boca sobre su oreja le susurré.

-Si no quiere que arme una escena escandalosa aquí mismo, delante de todos le aconsejo que se pare y me siga. Y con escandalosa me refiero a sexualmente explícita y salvaje.

Sé que ella sentía las mismas cosas que yo por la forma en que se le iluminaron los ojos cuando le hablé.

Me respondió con una sonrisa y una mirada que me quemó desde dentro. Se paró y sin decir nada comenzó a caminar detrás de mí. Cuando estuve segura de que nadie nos estaba mirando aceleré mi paso y rodeando la enorme casa por el exterior, me dirigí hacia la entrada trasera. A la derecha de la puerta del fondo se encontraba una escalera que llevaba a un viejo sótano al que por supuesto, nadie iba y del cual me encargué de copiar la llave para ocasiones como ésta. Bajamos rápidamente y enseguida estuvimos dentro. Me agarró fuerte la cara con una mano y me dijo.

-Que sea la última vez que me aprietas el brazo de esa manera dónde no pueda defenderme.

Violentemente me empujó contra la pared a mis espaldas y me besó con tanta intensidad que mis piernas comenzaron a aflojarse. Ya no existía nada, absolutamente nada aparte de nosotras dos y el deseo agonizante por fundirnos una con la otra. Mientras juntaba todo mi pelo con una mano y lo jalaba con fuerza llevando mi cabeza hacia atrás, besaba mi cuello y mordía mi oreja. Ella sabía cómo despertar toda esa agresividad que tanto nos gustaba compartir en la cama. La miré fijo a los ojos. Metí mi mano por debajo de su ropa interior y recorrí muy suavemente con mi dedo índice el pliegue de sus labios vaginales que ya dejaban rastros de su excitación en mi piel. Me llevé inmediatamente el dedo a la boca. La empujé bruscamente hasta el sillón de tres cuerpos donde se dejó caer y yo le saqué el pantalón, la chaqueta y la camisa. Pasé mi lengua por sus labios. Ella respondió girando mi cuerpo y bloqueando mis brazos de forma tal que quedé tumbada en el sillón, boca abajo sobre mis rodillas totalmente expuesta y sometida. No se molestó en desvestirme ya que traía puesto un vestido largo que no tardó en subir. Tomó de una mesa una caja de madera maciza del tamaño de un cajón de verduras que puso entre mis rodillas para que no pudiera cerrar mis pier-



Sofía C. Pagliari

nas, y con un lazo de seda que llevaba como vincha, ató mis muñecas por mi espalda dejándome completamente encendida al perder el control. Le pertenecía. Podía hacer conmigo lo que se le viniera en ganas. Sin perder el tiempo corrió a un costado mi ropa interior y apoyó delicadamente su lengua en mi clítoris, de la forma más lenta posible me recorrió hasta la entrada de mi vagina donde se detuvo y dibujó unos suaves círculos. Volvió a detenerse haciéndome rogar por más.

Siguió con su tortura, ahora con ambos labios sobre mi clítoris dándole tironcitos y volviendo a succionar mientras con una mano introducía medio dedo en mi interior. Creí que moriría. Intenté cerrar las piernas para contener la excitación, pero fue imposible, la caja de madera no me lo permitió. No tuve control ninguno y sentí como se estremecía todo mi cuerpo.

Ansié este momento durante días y ahora no podía contenerme. Ella comenzó a masturbarme con mayor intensidad. Jadeando intenté controlar la respiración, pero no lo logré. Sentía como con su mano libre comenzaba a deslizar un dedo hacia la oscuridad entre mis glúteos. Supe que era el final, sentirla como me poseía me hacía hundirme en el infierno y rogar no salir más de allí.

Quería que me tomara, quería venirme en su boca, en sus dedos, bañarla de mi éxtasis. Y mientras iba en caída libre al inframundo por la oscura madriguera de Carroll, estallé en un grito ahogado de placer al tiempo que sentí como me tapaba bruscamente la boca y me empujaba hacia la parte de atrás del sillón.

-Hay alguien parado en la puerta...



De mentes espejadas

Es temprano en la mañana cuando estaciono mi auto en el subsuelo del elegante edificio, donde se encuentra el local principal de la cadena de restaurantes que dirijo. Y donde tengo además mi oficina predilecta. Dejo caer mi pesada cabeza sobre el volante. Si digo que dormí tres horas anoche estaría exagerando.

Intento disimular la irritación de mis ojos a causa del cansancio con unas gotas oculares, mientras procuro no correr el estratégico maquillaje que oculta mis ojeras y resalta mis gruesos labios, en un rojo casi tan ardiente como esas horas que estuve en vela. Ese pensamiento trae a mi mente imágenes bastante subidas de tono que me roban una inmensa y atrevida sonrisa. Me divierto tanto cuando somos tres. Las posibilidades de magnificar el placer son innumerables con más de dos seres en una cama.. o en una alfombra.. o en un sillón. Otra sonrisa se apodera de mi rostro. Bueno, se puede decir que ya conseguí suficiente inspiración para salir del auto a otro aburrido día en la oficina. Al menos los recuerdos de la noche me van a mantener entretenida.



Sofía C. Pagliari

Tomo el ascensor hacia la plaza de comidas del edificio, que alberga las oficinas de numerosas reconocidas empresas. Marco el número veintiuno.

Amo la vista desde esa altura hacia toda la costa, a través de las paredes de vidrio a la izquierda de mi escritorio. A la derecha del mismo, las paredes que dan al interior del edificio también son de vidrio pero espejadas y me proporcionan una vista completa del restaurante. Chequeo el celular mientras el ascensor sube piso tras piso. Un mensaje de mi encargada de personal me avisa que se encuentra enferma y por lo tanto le va a ser imposible presentarse a trabajar, me adjunta una foto del certificado médico y otra de su agenda con todo lo programado para el día de hoy. Resoplo y entrecierro los ojos con molestia. Otro tedioso día en la oficina.

Si bien estoy orgullosa de todos los logros a mi edad, a veces pienso que son demasiada carga para mis aún jóvenes treinta y cinco años. Mis amigos por ejemplo se dividen en dos grupos. Por un lado están los que decidieron formar su propia familia, ellos viven igual de estresados y atareados que yo pero a causa de dos o tres hijos y un matrimonio que, por lo general, les quita el aliento y no en el buen sentido de la expresión. Estilo de vida que de solo pensarlo me genera una alergia de espesa comezón. Por el otro lado están los viajeros, los chicos de las fiestas. Un tanto más irresponsables sí, es cierto, pero que bien se los ve, disfrutan todo lo que la vida les ofrece en el día a día con tranquilidad. No tienen que agobiarse con difíciles decisiones que tomar, incluso ni tienen que pensar que van a estar haciendo en un par de horas. Debo de confesar que a veces los envidio por eso, hay momentos en los que dejaría todo lo que tengo y saldría corriendo por un poco de libertad, por un poco de aire fresco. Aunque también es cierto que la vida le hace a uno desarrollar los métodos propios para descargar todo el estrés y el hastío de la rutina. Y de eso, señoras y señores no puedo quejarme. No hay absolutamente nada

después de un día agotador lidiando con gente intensa y números vertiginosos, que un buen par de esposas y una fusta no puedan arreglar. Otra amplia sonrisa para mí, ya van tres a esta hora de la mañana, hoy sí que tiene que ser un gran día, uno de los buenos.

Llego al restaurante, el personal me recibe con su exagerada cuota diaria de amabilidad y retoman sus tareas con mayor entusiasmo del habitual. Subo las escaleras a mi amplia oficina. Debo admitir que realmente me esmeré con su ambientación, bueno la decoradora de interiores lo hizo, claro, después de soltarle los amarres que la mantenían inmovilizada, uniendo sus tobillos a sus muñecas mientras intentaba mantenerse en pie al mismo tiempo que yo... al mismo tiempo que yo no la perdonaba por haberme recomendado el color verde agua para la pared de mi escritorio. ¡Como odio el verde agua! En fin, el correctivo sirvió de mucho, ahora todo es en tonos rojos, negros y blancos. También hay varios adornos en plateado que le dan un toque más refinado y delicado a toda la cuerina del mobiliario. Mi sector favorito es sin lugar a dudas la barra de estilo moderno con luces tenues, ubicada del lado izquierdo del escritorio con la espectacular vista del mar de fondo. La acompaña a continuación un retorcido armario color negro forrado en eco cuero, con una fuerte cerradura que esconde una vasta gama de juguetes sexuales y lencería erótica, para reuniones especiales en la gruesa y acolchonada alfombra color rojo que cubre todo el suelo, o en los mullidos sillones, o en el amplio baño también con vista al mar, donde hice instalar un enorme jacuzzi. Siempre pensé que el placer y el trabajo podían unirse para hacer al segundo bastante más llevadero con los recuerdos del primero.

Apenas doy un paso dentro de la oficina suena el teléfono en mi escritorio. Es Carmen, la recepcionista del restaurante. Miro hacia mi derecha por los ventanales espejados a través de los cuales yo todo lo veo pero nadie puede verme ¡y por suerte! La observo mientras me dice que llegó



Sofía C. Pagliari

el chico para la reunión por el puesto vacante de mozo. Ya que la encargada del personal no iba a poder entrevistarle, le digo que lo haga subir y ya aprovecho para avisarle que yo me encargo hoy de todas sus tareas. Golpean la puerta.

-Adelante. -Digo con vos firme.

-Señora Natalia, él es Juan Carlos viene a una entrevista por el puesto de mozo.

-Juan Carlos tome asiento por aquí. -Me dirijo al chico señalándole la silla en mi escritorio.

-Sólo Juan por favor. -Me dice mientras estrechamos las manos. Tomamos asiento y comienzo.

-¿Es mayor de edad verdad? Es requisito excluyente, no trabajamos con permisos.

-Si, cumplí dieciocho hace tres meses. -Me contesta tímidamente.

-Con eso es suficiente. -Comento y continúo explicándole las tareas del puesto al que se postula.

-¿Tiene experiencia en cargos similares?

-No, este sería mi primer trabajo pero todo me parece excelente y estaría dispuesto a comenzar cuanto antes. Tengo ganas de aprender.

-Perfecto, no hay nada más que agregar entonces. La encargada se pondrá en contacto con usted para decirle cuando comienza y le detallará la documentación que necesita para ingresarlo en la empresa. Muchas gracias por su tiempo. -Le digo extendiéndole mi mano- y dando por finalizada la reunión, la cual aprieta con rapidez, se despide y sale casi corriendo de la oficina.

Sonrío por dentro, me recuerda a mí a su edad, torpe y nerviosa ante las primeras entrevistas y experiencias laborales. No sé si fue eso lo que generó en mí cierta ternura, o si fue él que traspasó algún rinconcito de mi intuitivo sexto sentido. La cuestión es que me cae en gracia, su postura, su actitud y sus respuestas revelan que no se trata de otro chico más de los que generalmente vienen por el puesto. Tan

irresponsables y carentes de modales que no tardan en ser cordialmente invitados a abandonar el lugar de de trabajo. Suena el teléfono otra vez disipando mis pensamientos.

-Señora Natalia llegó correspondencia para usted.

-Súbala por favor Carmen, muchas gracias.

Ya parada frente a mí, me extiende una caja muy fina y bien presentada con un enorme moño color verde agua. No puedo ocultar mi sonrisa. Vuelvo a agradecerle a Carmen y le pido que se retire. No es que necesite leer la tarjeta que cuelga en una delicada cinta plateada, para saber que el obsequio lo envía mi audaz decoradora de interiores que, al parecer, está necesitando un poco de disciplina. Arranco el moño que va directo a la papelería y abro el paquete. ¿Un set de cucharas? Abro mis ojos ante la sorpresa y frunzo el ceño. ¿Pero qué se supone que haga con esto? Y yo que me creía la rara de las dos. El resto de la jornada continua sin mayores emociones y caigo rendida en la cama ni bien pongo un pie en mi apartamento.

Me levanto antes de que suene el despertador. Gracias a haberme acostado temprano tengo energías y cuando caigo en la cuenta ya me encuentro en la oficina, antes de que llegue todo el personal. El olor a café recién hecho deleita mis sentidos y al llevarme el primer sorbo a la boca llama mi atención alguien entrando a esa hora al sector de los empleados del restaurante. Es el chico nuevo, el guardia de seguridad le está enseñando el lugar. Me invade esa sensación de ternura otra vez, no estaba equivocada, realmente quiere trabajar y se esfuerza por hacerlo notar. Me entretengo observándolo con total libertad, él ni se imagina que estoy en la oficina muy cómoda recostada en uno de mis sillones mirando todo lo que hace. Gira a sus costados chequeando los pasillos y al comprobar que es la única persona allí, se quita la camisa que lleva puesta quedando con el torso completamente desnudo. Su piel tostada y los músculos trabajados que tan bien esconde debajo de la ropa parecen estar ahora llamándome a gritos a través del vidrio espeja-



Sofía C. Pagliari

do. Mis ojos se sorprenden aún más cuando su jean cae al suelo y deja al descubierto un ajustado bóxer color negro, un poco más de piel tostada y más delineados músculos. Pensamientos oscuros azotan mi mente como suaves pero firmes golpes de un látigo de muchas colas. ¡No, no y no! Me detengo ahí mismo. Bajo ningún concepto puedo permitirme el acceso de esta inocente criatura a ese sector de mi mente. Me conozco bien, después de cierto punto ya no hay marcha atrás. La cazadora invade cada partícula de mi ser y no mido distancias, no hay obstáculos que puedan con la retorcida e ingeniosa mente acechando la presa. Se vuelve un juego de lo más delicioso, un juego que siempre gano. Y en este caso la ilegalidad destella como carteles luminosos por todas partes. Me excito. ¡Basta! Quiero distraerme y dispuesta a sacarle los ojos de encima, veo como se pone el uniforme de espaldas a mí y pasa lentamente su mano por el pelo haciéndome notar una exquisita nuca que lleva rapada, casi como una violenta invitación a mi lengua. Contengo la respiración unos segundos y luego la suelto con brusquedad en un indignado resoplido.

Necesito parar en este preciso instante, así que me sumerjo en la computadora durante horas logrando apagar mi mente perversa. Solo tengo que enviar un par de mails más y termino por hoy. Golpean la puerta.

-Adelante.

-Permiso, vengo a entregarle la documentación que me solicitó la encargada. -Dice la tierna y deliciosa criatura morena parada frente al escritorio con timidez. Me pregunto cómo se me pudieron pasar por alto esos carnosos labios. Mi cuerpo se tensa y un escalofrío me recorre lentamente disparando mis pulsaciones. ¿Pero qué pasa conmigo hoy? Intentando disimular el impacto que causa en mí, le agradezco por los papeles y en un gesto de cortesía le pregunto.

-¿Cómo fue el primer día? ¿Se sintió a gusto? -Leo en su cuerpo la incomodidad, quiere salir cuanto antes de mi oficina. Con voz entrecortada me contesta que todo salió

bien, se despide y al instante se encuentra bajando las escaleras alejándose de mí y mis oscuros pensamientos.

¿Instinto de supervivencia? ¿Será que percibe a la cazadora que habita en mí? Su tensión, su incomodidad y su timidez, pero sobretodo su impulso por salir despavorido de mi lado se me hace como a un cervatillo desesperado en su intento último de escapar de las garras del puma. ¿Realmente podrá leerme? Este pensamiento me desconcierta, no estoy acostumbrada a ser predecible. Más bien me gusta sorprender y digamos que soy muy buena en eso. Me detengo en su ficha al guardar los documentos y leo toda la información escrita allí.

Es de madrugada y me despierto totalmente desconcertada a causa de un intenso orgasmo. Miro a mi alrededor, estoy sola en la cama y mientras me aclaro, cada una de las insolentes imágenes de mi sueño caen en mi mente como gotas de agua fresca.

La encargada de personal del restaurante llama furiosa a mi oficina. Me dice lo cansada que se encuentra de estos chicos demasiado jóvenes para ser responsables, que carecen de ganas de trabajar y que son incapaces de cumplir con las normas establecidas. Desorientada ante el comentario, no entiendo a qué se refiere hasta que siento como lentamente se abre la puerta de mi oficina y al girar la cabeza me encuentro con la indefensa criatura morena parada en la puerta. Temblando de miedo y mirando fijamente el suelo me dice con palabras entrecortadas que lo enviaron para ser sancionado por no llevar puesto el uniforme. Es en ese instante que me percató que viste unos claros jeans ajustados que terminan sobre unos tostados y descalzos pies. Pero quedo perpleja al ser prácticamente encandilada y aturrida por una musculosa estilo nadadora con rayas gruesas horizontales en diferentes tonos de verde agua.

-¡¿Verde agua?! Le increpo casi rugiendo.

Y es lo último que puedo pensar con claridad. Todo



Sofía C. Pagliari

se oscurece inmediatamente. Mi mente se tuerce nublando hasta los más perversos pensamientos y la sangre comienza a arder en mis venas.

Sin mediar palabra me acerco violentamente hacia él que sigue temblando y mirando el suelo. Con brusquedad tomo su brazo y prácticamente lo arrastro hasta dejarlo parado frente a mi escritorio debajo de una planta que cuelga del techo. Le ordeno que se quite toda la ropa urgentemente, menos la musculosa color verde agua al tiempo que camino en dirección a la barra, a mi pedacito de infierno dentro del armario negro. Saco dos muñequeras unidas entre sí por una larga y gruesa cadena y el hermoso flogger color bordó. Ese pequeño pero potente látigo de muchas colas que tanto placer ha sabido ofrecerme. Me vuelvo hacia él y lo observo. Unos firmes glúteos al descubierto me hacen temblar la mano y mis pezones se endurecen debajo de mi blusa sin corpiño al verlo completamente rígido para mí. Me muerdo el labio y siento un calor subir con furia desde mi entre pierna hasta la cabeza. Estoy completamente consumida por el deseo de poseerlo, de adiestrarlo, de disciplinarlo hasta dejarlo sin aliento y saciarme completamente en él. Mi nivel de excitación ya está por las nubes solo con la anticipación. Me acerco lentamente hacia mi presa. Me coloco detrás de él. Deslizo muy suavemente mi dedo desde su hombro derecho en sentido descendente hasta su mano, la cual tomo con fuerza y sujeto a una de las muñequeras, luego repito la secuencia en su otro brazo. El contacto con su piel es delirante. Su respiración se acelera bruscamente y me derrito por su respuesta. Quito la planta que cuelga sobre su cabeza y enlazo del gancho incrustado en el techo la gruesa cadena que une sus muñequeras, dejándolo parado en sus pies pero con los brazos inmovilizados tirantes del techo. Su nuca me pide a gritos que la muerda y eso hago, lo muerdo con firmeza y luego paso lentamente mi lengua humedeciendo la zona irritada y propiciándole un prolongado soplo sobre mi saliva en su piel que le pone los pelos de

punta. Jadea. Lo miro desde un costado con exasperación y le acierto un contundente golpe con mi flogger en su ahora enrojecido glúteo.

Su cuerpo se contrae inmediatamente por la sorpresa y suelta un gemido que penetra en mis oídos pidiéndome más y generando fuertes contracciones debajo de mi ropa interior. *Ay pendejo, no tenes idea -pienso y me descontrolo-*. Le doy un latigazo aún más fuerte en el otro glúteo al que responde con otro gemido más prolongado y lo giro hacia mí. Miro fijamente sus ojos mientras descendo por su frente hasta toparme con su erección. Sé que podría degustarlo por horas pero en cambio rozo su glande con mi lengua y recorro con mis gruesos labios todo su largo sin quitarle la mirada de los ojos. Lo siento palpar dentro de mi boca. Su excitación traspasa todos mis sentidos y ya no aguanto más el dolor de la tensión en mi cuerpo. Quiero escucharlo gritar. Quiero escucharlo suplicarme. Quiero sentirlo venirse dentro de mí. En un movimiento violento lo succiono con fuerza y grita de placer. Inmediatamente me giro de espaldas a él apoyándome en mi antebrazo al inclinarme sobre el escritorio. Tomo su firme erección apretándola entre mis dedos y la introduzco agresivamente en mi interior explotando repentinamente en el placentero orgasmo que me arrebató impune del mundo onírico.

No logro volver a dormirme. Mi cabeza no para de dar vueltas, la cazadora está al mando y no hay absolutamente nada que pueda hacer al respecto. No tengo control sobre mi parte más instintiva y salvaje una vez desatada la bestia. Para cuando suena el despertador, llevo tres horas ideando mil formas de acercarme a él, de entablar algún tipo de vínculo o de generarle al menos un poco de confianza. Me miro en el espejo y soy un verdadero desastre. Las ojeras delatan mi tortuoso insomnio, así que me baño y las oculto tras generosas capas de maquillaje. Luego me visto un poco más provocativa de lo habitual y me aventuro al trabajo con un deseo casi desesperado por ver a la criatura



Sofía C. Pagliari
morena.

Salgo apurada del ascensor como siempre y en seguida lo visualizo. Pienso divertida que tal vez lo atraje con mi mente. Está solo, limpiando una de las primeras mesas sobre la entrada al restaurante. Me siento completamente indignada conmigo misma al verme traicionada por mis propios nervios mientras me voy acercando a él. Mis pulsaciones se disparan y mi estómago se vuelve vertiginoso, siento como si realmente hubiese tenido sexo con él anoche y me encuentro suplicando que el rubor que sube a mis mejillas se mantenga oculto debajo del maquillaje. ¿Pero a dónde demonios se fue la cazadora salvaje y atrevida en este momento? Suspiro y lo saludo considerablemente más amable y simpática que de costumbre. Él parece sorprendido pero me regala una amplia sonrisa que me derrite. La jornada pasa rápidamente tras una imprevista catarata de trabajo que me mantuvo al margen de mis delirios sexuales explícitos e ilegales con mi personal de trabajo. Ya es tarde y todos están preparándose para partir cuando suena mi teléfono. Es Carmen y me avisa que se encuentra en la recepción mi decoradora de interiores. Me agarra desprevenida, pero debo admitir que cae en el momento perfecto. Necesito con urgencia un poco de saliva y uñas firmes sobre la piel. Le digo a Carmen que la haga subir y giro para observarla a través del vidrio. Mi boca se abre incrédula cuando la veo saludar a la criatura exótica con un pícaro beso cerca de su boca mientras apoya las manos en su cintura. La leo de pies a cabeza, no solo se conocen, entre ellos hubo algo más. Con la boca aún entre abierta la observo detenerse en una breve conversación y luego subir las escaleras. Él se queda juntando sus cosas en la mochila casi por retirarse del local. Golpea la puerta.

-Adelante. -Le digo y la espero con una mirada intensa que acompaña una media sonrisa endemoniada-. Entra y al verme se muerde el labio.

-Me moría de ganas de verte. -Me dice y agrega- ¿Por

qué no me dijiste que tenías a este bebote trabajando acá? Conociéndote como te conozco no debe de haber pasado desapercibido ante esos depravados ojos ¿o me equivoco?

Esto se está tornando oscuro. Siento como si Lucifer conspirara a mi favor e instantáneamente comienza a molestarme la ropa que llevo puesta, ante un imprevisto calor que me enciende la piel. La agarro con firmeza de la cola de caballo que sujeta su pelo y jalando con fuerza de ella someto su boca a mi cuello, el cual comienza a besar de inmediato.

-¿De dónde lo conoces? ¿Se acostaron verdad? ¿Qué tan despierta está la criatura? -Le pregunto al tiempo que introduzco mi mano dentro de su ropa interior. Su respiración se acelera y tartamudea cuando me contesta que se acostaron un par de veces. Me dice que él es tranquilo pero que tampoco es un dormido -y agrega- mucho menos dormido considerando que al bromearle recién sobre lo deliciosa que era su nueva jefa, él me contestó con un suspiro. Me quedo sin aire. Como si hubiese recibido un golpe intenso en el centro de mi pecho. La beso con ferocidad en un implícito agradecimiento por el más retorcido de los regalos que sin saber, acaba de hacerme. Y mientras intenta sofocar un gemido al sentir mi dedo en su interior, levanto el teléfono y llamo a recepción.

-Carmen, dígame al chico nuevo que suba ahora mismo a mi oficina por favor. Gracias.

-Enseguida sube señora.

Miro por el vidrio como la exquisita criatura comienza a subir escalón tras escalón al tiempo que froto ya dos dedos curvos dentro de mi bella amante, deleitándome con su viscosa suavidad al escucharla gemir. Y es lo último que puedo pensar con claridad. Todo se oscurece inmediatamente. Mi mente se tuerce nublando hasta los más perversos pensamientos y la sangre comienza a arder en mis venas.



Índice

Cynara García

Diez para las ocho	5
El apagón	7
Estación 44	10
Héctor	14
¡Toc! ¡Toc!	18
Un encuentro con ella	22

Álvaro Bonanata

Eduardo VIII	26
El palomo	29
La partida de cartas	32
El concierto de Ernestina	40
El gato tuerto	43
Rambo	45



Claudio Montoro

Me piden una receta de cocina	48
Una noche en el teatro	53
Ayer te vi	65
Mi madre	67

Pablo Solari

El amante	68
Jugado	72
Espectros	75
Eva	81
Verano del 92	83
Tarde	86

Sofía iC. Paglari

No es lo que parece	89
Subsuelos paralelos	92
De mentes espejadas	99

